

JUAN PABLO FORNER (1756-1797)

ORACIÓN APOLOGÉTICA POR LA ESPAÑA Y SU MÉRITO LITERARIO

ÍNDICE

PARTE PRIMERA

PARTE SEGUNDA

PARTE PRIMERA

La gloria científica de una nación no se debe medir por sus adelantamientos en las cosas superfluas o perjudiciales. Igual la república de las letras a la civil en los fundamentos de su verdadera perfección y felicidad, debiera sólo adoptar como meritorios y estimables los establecimientos o sistemas que le son útiles: y pesando con madura y pausada meditación el fin a que están destinadas las ciencias y las artes, los aditamentos que necesitan para su uso, qué beneficios pueden sacar de ellas los hombres, y de qué modo han de tratarse para que ocasionen la utilidad a que se dirigen; desnudándolas de aquella pomposa superfluidad con que se ofrecen hoy más al deleite que al beneficio de la vida, reducirlas a los sucintos círculos del provecho y de la verdad, sin aplicar una injusta estimación a los vanos entendimientos, que por capricho o por ambición los rompen o atropellan. Si los sabios de todos los siglos hubieran pensado así desde el mismo origen de la sabiduría, los enormes cuerpos de estos magníficos colosos que se llaman ciencias ¿se compondrían hoy por la mayor parte de sombras y apariencias vanas, bultos portentosamente grandes y espléndidos cuando se ven de lejos, pero livianos, faltos de solidez y nieblas oscuras cuando se examina con la mano su consistencia?

No es saber el saber opiniones, o el inventar sueños abstractos para sujetar a un capricho las leyes de ambas naturalezas física y espiritual, en lugar de observar las de una y otra en sus efectos, según los designios del Omnipotente. ¿Qué utilidades ha logrado el género humano con las ideas de Platón, el materialismo de los estoicos, las cualidades de los peripatéticos, los átomos de Epicuro, y con los antojos doctos, pero improbables de tantos hombres eminentes, que habiendo nacido para enseñar a sus semejantes, los metieron en la confusión; y los habituaron a la estéril ocupación de fingir Solón, Licurgo, Pericles, Sócrates y los que como ellos, haciendo práctica la sabiduría, la trasladaron al uso y bien de la humanidad, son los únicos que deberían influir en el crédito literario de una nación. En la antigüedad nadie tuvo por bárbaros a los lacedemonios, aunque carecían de Academos, de Estoas y Peripatos. Su ciencia era el ejercicio de la virtud; su saber la obediencia a las leyes; su gloria pensar y obrar bien. Donde sobresale este género de

sabiduría poca falta hacen los sistemas vanos, y el inmenso índice de las opiniones que propaga sucesivamente la vanidad. Las disputas, las sectas, los sofismas, las adivinaciones científicas que llenaban el ámbito de la grande Atenas, añadían a esta ciudad una pompa y ornato admirable que llamaba a sí la atención de las demás gentes, sencillamente embelesadas con aquellos sutiles y oscuros razonamientos de los filósofos: pero los fundamentos de su legislación y los institutos de la felicidad pública mucho antes se establecieron en ella, que el saber se redujese a sostener pertinazmente las opiniones de cuatro o seis meditadores, que lograron séquito porque nacieron en la infancia de este cuerpo, en parte fantástico, que se llama Filosofía. Antes hubo en Atenas varones justos que ideas platónicas; antes virtudes civiles que elementos peripatéticos, antes las verdades útiles y constantes de la sabiduría que intermundios epicúreos o números pitagóricos. Las ficciones nacen ordinariamente después que se ha agotado el descubrimiento de las verdades, y una nación, en poseyendo éstas, debe reputar aquéllas como una superfluidad mental que adorna, pero no sirve.

Casi toda la Europa está hoy hirviendo en una especie de furor, por querer cada nación levantar y engrandecer su mérito literario sobre las demás que se le disputan. Se escriben Memorias; se amontonan y hacinan Bibliotecas; se desentierran antiguos monumentos; se hacen paralelos que el amor de la patria inclina siempre a favor de la que dio nacimiento al Apologista. Los sistemas, que eran antes una posesión de las ciencias abstractas, han pasado a las historias de la literatura; y se insertan en ellas novelas muy enlazadas, no de otra suerte que enlazó Leibniz su optimismo con las cuestiones de la bondad de Dios y de la libertad... Trabajos laudables, dignos, provechosos: porque al fin se ponen a la vista los progresos de los mejores siglos, y la emulación produce desengaños útiles, y despierta y hace abrir los ojos a los que se encaminan por la áspera senda del saber. Pero en verdad ¿se ha determinado hasta ahora a punto fijo en qué consiste el verdadero mérito literario? ¿Será la literatura de una nación superior a la de otra, porque en aquella abunde más que en ésta el número de los sistemas vanos, de los sofismas y de las opiniones inaveriguables? Ni la inmensidad de las bibliotecas que puede presentar cada nación es un argumento irreplicable de su superioridad literaria. Cuarenta o cincuenta libros que ha perdonado a la antigüedad la barbarie de los siglos medios disputan hoy la gloria a los muchos millones de tomos que pueden oponerla Alemania, Italia, Francia e Inglaterra. Es menester confesarlo: solos Juan Luis Vives y Francisco Bacon de Beruliano han conocido en el mundo el mérito intrínseco, el valor real de la sabiduría, y solos ellos eran capaces de desempeñar dignamente el aprecio de la de cada nación. Yo sé que no se hubieran deslumbrado ni con la máquina de los torbellinos, ni con los enlaces de los átomos, ni con la vitalidad de las mónadas, ni aun tal vez con las famosas leyes de la gravitación. Venerando la eminencia de talentos tan singulares que acertaron a sujetar el orbe al arbitrio de su imaginación e ingenio, mirarían sus invenciones como nacidas para poner en olvido a las de los antiguos, y que serán sucesivamente ofuscadas y oscurecidas por la industria de los venideros. En las mismas ciencias prácticas tratarían con desdén, o despreciarían cuanto se alejase de su fin, y de lo que en ellas puede saberse con evidencia y verdad. En la balanza de su juicio pesarían poco o nada el mecanismo en la medicina, el escolasticismo en la teología, la opinión común en la jurisprudencia... Nada de cuanto oliese a sistema arbitrario lograría aprecio en su estimación para aumentar el valor científico de un pueblo o gente. Las artes mismas inventadas para el recreo y entretenimiento las medirían por las reglas de la verdad y de la utilidad; estrecharían el

saber a estos seguros límites, e introduciéndose en la íntima conexión de las ciencias con la constitución de la vida racional, declararían finalmente por sabias y cultas a aquellas naciones que no ignorasen ninguna de las verdades útiles, y reputarían entre ellas por más aventajadas a las que de cualquier modo hubiesen enseñado al resto de los hombres mayor número de esta especie de verdades.

Infelizmente hemos nacido en una edad, que dándose a sí misma el magnífico título de filosófica, apenas conoce la rectitud en los modos de pensar y juzgar. Vivimos en el siglo de los oráculos. La audaz y vana verbosidad de una tropa de sofistas ultramontanos, que han introducido el nuevo y cómodo arte de hablar de todo por su capricho, de tal suerte ha ganado la inclinación del servil rebaño de los escritores comunes, que apenas se ven ya sino infelices remedadores de aquella despótica resolución con que poco, doctos en lo íntimo de las ciencias hablaron de todas antojadizamente los Rousseaus, los Voltaires y los Helvecios. La oportuna erudición, y el conocimiento debido de las doctrinas que ha trasladado al nosotros la antigüedad industriosamente descubridora, o se desprecian, o se gustan en sucintos e infieles diccionarios, donde dislocadas, si no trastornadas las noticias, se pierden y rompen las conexiones de los sistemas. En cada libro hallamos un oráculo: en cada escritor un censor inexorable de los hombres, de las opiniones, de las costumbres, de las naciones, de los estados, del universo. Tal es lo que hoy se llama Filosofía: imperios, leyes, estatutos, religiones, ritos, dogmas, doctrinas, usos, estilos que la dignidad o la santidad ofrecen como venerables, y como destinados al ejercicio o a la consagración, son atropellados inicuaente en las sofísticas declamaciones de una turba, a quien con descrédito de lo respetable del nombre se aplica el de filósofos y se debiera en el mismo sentido con que a los charlatanes dio Pitágoras en otro tiempo el de sofistas. Nada sirve, nada vale en la consideración de dictadores tan graves y profundos, sino lo que se acomoda con sus repúblicas imaginarias, con sus mundos vanos, y con el antojo de sus delirios. No hay gobierno sabio, si ellos no le establecen; política útil, si ellos no la dictan; república feliz, si ellos no la dirigen; religión santa y verdadera, si ellos, que son los maestros de la vanidad, no la fundan y determinan. Ellos, a quienes nosotros desde el asilo de la razón los vemos perdidos y como vagantes en una región oscura y tenebrosa palpando sombras y tropezando entre las tinieblas, son con todo eso, si los creemos, los dispensadores de la luz; espíritus intrépidos, nacidos para el desengaño de los mortales, para el esparcimiento de la verdad... Dignos, cierto, de ser compadecidos, si limitándose al solo y gracioso misterio de delirar, no juntasen la malignidad al delirio, y a la ignorancia las atrevidas artes de la impostura.

No se crea declamación o sátira de español ardiente y acalorado, según el estilo vulgar, contra los extranjeros ésta que no es sino una demostración del origen de las calumnias con que nos denigran. ¿Qué nación hay hoy sobre cuya constitución, sobre cuyo saber se dispute más, se dude más, se calumnie más, se falte más a la razón, a la verdad, a la justicia, al decoro? A nadie hemos provocado, y furiosamente nos acometen cuantos del lado de allá de los Alpes y Pirineos constituyen la sabiduría en la maledicencia. Hombres que apenas han saludado nuestros anales; que jamás han visto uno de nuestros libros, que ignoran el estado de nuestras escuelas, que carecen del conocimiento de nuestro idioma, precisados a hablar de las cosas de España por la coincidencia con los asuntos sobre que escriben, en vez de acudir a tomar en las fuentes la instrucción debida para hablar con acierto y propiedad, echan mano, por más cómoda, de la ficción; y tejen a costa de la

triste Península novelas y fábulas tan absurdas como pudieran nuestros antiguos escritores de caballerías. Este es el genio del siglo. La verdad de los hechos pide largas y menudas averiguaciones que no se compadecen bien con los que sujetan el saber a la vanagloria. Cuatro donaires, seis sentencias pronunciadas como en la trípode, una declamación salpicada de epigramas en prosa. cierto estilo metafísico sembrado de voces alusivas a la Filosofía con que quieren ostentarse filósofos los que tal vez no saben de ella sino aquel lenguaje impropio y afectado, se creen suficientes para que puedan compensar la ignorancia y el ningún estudio. Así lo hizo Voltaire, y así lo debe hacer la turba imitatriz. Aquél escribió una fábula de todo el mundo en su Ensayo sobre la historia universal; y sus doctos secuaces deben de haber tomado a su cargo dividir el mapa general y escribir en particular fábulas de cada provincia. Los franceses las forjan de los italianos, y éstos de los franceses: pero al tratar de España, olvidada la recíproca desestimación, se unen entre sí, y se abalanzan a ella, no de otro modo que los jactanciosos jefes de la moderna incredulidad, combatiéndose, motejándose, y viviendo en continua guerra unos con otros por la discordia en las opiniones y por la ambición de la primacía, se unen sólo cuando se trata de impugnar la verdad en la más santa y más magnífica de todas las religiones.

España ha sido docta en todas edades. ¿Y qué, habrá dejado de serlo en alguna porque con los nombres de sus naturales no puede aumentarse el catálogo de los célebres soñadores? No hemos tenido en los efectos un Cartesio, no un Newton: démoslo de barato: pero hemos tenido justísimos legisladores y excelentes filósofos prácticos, que han preferido el inefable gusto de trabajar en beneficio de la humanidad a la ociosa ocupación de edificar mundos imaginarios en la soledad y silencio de un gabinete. No ha salido de nuestra Península el optimismo, no la armonía preestablecida, no la ciega e invencible fatalidad, no ninguno de aquellos ruidosos sistemas ya morales, ya metafísicos, con que ingenios más audaces que sólidos han querido convertir en sofistas, porque ellos lo son, todos los hombres, y trocar en otro el semblante del universo; pero han salido varones de un juicio suficiente para conocer y destruir la vanidad de las opiniones arbitrarias, suministrando en su lugar a las gentes las doctrinas útiles, y señalando las sendas rectas del saber según las necesidades de la flaca y débil mortalidad. Si el mérito de las ciencias se ha de medir por la posesión de mayor número de fábulas, España opondrá sin gran dificultad duplicado número de novelas urbanas a todas las filosóficas de que hacen ostentación Grecia, Francia e Inglaterra. Y no se atribuya a donaire o jovialidad este que parecerá extraño y poco regular parangón. Las ficciones que van fundadas en la verosimilitud, sin otra norma, objeto o fin que el de pintar al mundo o al hombre en ciertas situaciones y circunstancias, que aun cuando no se hayan verificado pudieran bien verificarse, no se autorizan por la materia. Para mí entre el Quijote de Cervantes, y el Mundo de Descartes, o el Optimismo de Leibniz no hay más diferencia, que la de reconocer en la novela del español infinitamente mayor mérito que en las fábulas filosóficas del francés y del alemán; Porque siendo todas ficciones diversas sólo por la materia, la cual no constituye el mérito en las fábulas, en el Quijote logró el mundo el desengaño de muchas preocupaciones que mantenía con perjuicio suyo; pero las fábulas filosóficas han sido siempre el escándalo de la razón. Acrecientan y añaden peso al número de los engaños; el capricho coherente y bien enlazado toma en ellas la máscara de la verdad, y hace pasar por dogmas de la experiencia las que son conjeturas de la fantasía-, tal vez pervierten las ideas más comunes y recibidas, y por la ambición de

aparecer con singularidad desnudan al hombre de su mismo ser, trasladándole a regiones, imperios y estados imaginarios, dignos sólo de habitarse por quien los funda; suscitan parcialidades, cuyos partidarios, sacrificando al vergonzoso ministerio de propugnar ficciones ajenas aquel talento émulo de la divinidad que se les concedió para levantarse por sí al descubrimiento y contemplación de las verdades más santas y más augustas, le envilecen y hacen esclavo de la vanidad con injuria de la dignidad eminente de su naturaleza. En suma los sistemas de la filosofía, fábulas tan dañosas a los adelantamientos de las ciencias como las antiguas sibaríticas a la pureza de las costumbres, ninguna otra utilidad dan de sí sino la de admirar la extraordinaria habilidad de algunos hombres para ordenar naturalezas y universos inútiles, y aquellas apariencias admirables con que hacen pasar por interpretaciones de las obras de Dios las que son en el fondo adivinaciones tan poco seguras como las de los Arúspices o Agoreros.

Estemos pues en la confianza de que las acriminaciones con que nos maltrata la precipitada malignidad de algunas plumas extranjeras, no proceden de nuestra ignorancia, sino de la suya; no de la escasez de nuestros progresos científicos, sino de las ideas poco fieles, o más bien falsas, que tiene de las ciencias el vulgo de los que las tratan, y en especial los que sin tratarlas hablan de ellas con magisterio. Señal es, cuando acertamos a defendernos, que no ignoramos la sustancia de los capítulos sobre que nos condenan. La Lógica no es entre nosotros un cúmulo de observaciones vulgares entretejidas con retazos de todas las artes, y por eso gritan que lo ignoramos. No entendemos por Física el arte de sujetar la naturaleza al capricho, en vez del raciocinio a la naturaleza, y por eso claman que no la conocemos. Razonamos, no fingimos, en la Metafísica, y califican por ignorancia lo que es con propiedad no dar entrada al error. La Moral, la divina ciencia del hombre, la doctrina de su orden, de su fin, de su felicidad, la que une a la más noble de las criaturas con su pródigo y liberal Criador, no ha sido entre nosotros todavía contaminada con aquellas legislaciones absurdas que hacen al hombre o brutal, o impío, o ridículo, y atribuyen a barbarie la prudencia de no querer hacernos bestiales, impíos o ridículos. En vano proponemos los nombres de nuestros grandes teólogos; la ciencia de la religión no es de este siglo, y precisamente ha de pasar por bárbara aquella nación en que se ha consumido más tiempo, más atención, y más papel en hablar de Dios y de sus inefables fines. Hemos tenido grandes juristas, sapientísimos legisladores, eminentes intérpretes de la razón civil, pero entre ellos ninguno ha escrito el espíritu de las leyes en epigramas, ni ha destruido en las penas el apoyo de la seguridad pública, ni se ha resuelto a perder el tiempo y el trabajo en fundar repúblicas impracticables; se han contentado con mejorar los establecimientos de aquella en que vivían: consiguientemente todos deben pasar por bárbaros y rudos. Nuestros médicos, curando sin el mecanismo, sin la fibra motriz, sin aquellas suposiciones vanas que adivinan, no deducen las ocasiones y causas de las dolencias, y ateniéndose sólo a la experiencia -y observación, ¿cómo han de satisfacer la severidad infalible de nuestros jueces? Ni según son sus juicios se debe esperar mayor benignidad en las artes. Nuestra lengua no permite versos en prosa, ni nuestros poetas saben helarlos con una afectación filosófica, fría e insípida, incompatible con las agitaciones del ímpetu divino: y ved aquí que, con nuevo e inaudito modo de juzgar, no son buenos nuestros poetas porque lo son realmente. Llamarían desaliño en nuestros historiadores a lo que es sencilla y escrupulosa atención a la verdad. Hinchazón apellidan la majestuosa sonoridad de nuestro idioma, imperceptible a los extranjeros que no la hablan como hablaba Cicerón la de Atenas... ¿Para qué me canso? Dan nombre de

ignorancia a la juiciosa precaución de no acomodarnos a las ideas poco justas que ellos tienen del saber: y porque en nuestra Península se hace poco aprecio de la arrogante ostentación, y se desestima la peligrosa libertad de escudriñar los arcanos del Hacedor más de lo que es debido, y de hablar de todo insolentemente, debemos sin remisión sufrir la nota de poco cultos.

Y he aquí uno de los principales fundamentos en que apoyan sus acusaciones los que después del extravagante Voltaire no saben pensar sino lo que él escribió. *En España no se piensa: la libertad de pensar es desconocida en aquella Península: el español para leer y pensar necesita la licencia de un fraile...* Pero, ¿qué es lo que no se piensa en España, sofistas malignos, ignorantes de los mismos principios de la filosofía que tanto os jactáis profesar? Es verdad: los españoles no pensamos en muchas cosas; pero señaladlas, nombradlas específicamente, y daréis con ellas un ejemplo de nuestra solidez y vuestra ligereza. *No se piensa en España:* así es: no se piensa en derribar las aras que la humana necesidad, guiada por una infalible revelación, ha levantado al Arbitro del universo: no se piensa en conturbar el sosiego de la paz pública, combatiendo con sofismas indecorosos las creencias en cuya esperanza y verdad sobrellevan los hombres las miserias de esta calamitosa vida: no se piensa en arrancar del corazón humano los naturales sentimientos de la virtud, ni en apagar las secretas acusaciones que despedazan el interior de los delincuentes; no se piensa en elogiar las culpables inclinaciones de que ya por sí se deja llevar voluntariamente la fragilidad de nuestra naturaleza. En nada de esto se piensa en España; ni los que la habitan tienen por ocupación digna de sus reflexiones investigar defensivos al vicio, a la impiedad y a la sedición. ¿Y querrán decir todavía nuestros acusadores que es bárbara la constitución de nuestro Gobierno porque nos asegura de los tropiezos que trae consigo la licenciosa y desenfrenada libertad de pervertir los establecimientos más autorizados, y las ideas que ha aprobado por verdaderas el general consentimiento de todas las gentes? Si en la república civil se prohíben santísimamente las acciones que desbaratan el nudo de la seguridad pública, en cuya base se afirma y mantiene la sociedad, menos desordenada que si los hombres viviesen rey cada uno y soberano de sí mismo, ¿por qué en la república literaria no se prohibirán con igual calificación las doctrinas que mezclada la avilantez con el sacrilegio, y con el magisterio vano la ambición de pervertirlo todo, se atropellan los principios más sagrados de la religión y de la sociedad? Será delito en el homicida despojar de la vida a su semejante; ¿y no será delincuente el sofista por enseñar que en la acción del homicidio no hay maldad por naturaleza? Subirá al cadalso el sacrílego que usurpó al templo los vasos consagrados al ministerio del culto; ¿y le será lícito al falso filósofo declamar contra la santidad de los ritos, y erigirse en acusador de la religión que establece la paz y la virtud en la tierra? Será condenado a la rueda el rebelde, el comunero, el que se levanta contra la Autoridad. suprema; ¿y se permitirá pacíficamente al insolente literato que esparza las semillas de la rebelión, trate de tiranos a los depositarios de la justicia, y acuerde a los súbditos los miserables derechos de aquella libertad, que si permaneciese convertiría el mundo en un teatro horrible de violencias, de guerras, de usurpaciones y de maldades, que harían gemir a la naturaleza misma? ¿Qué privilegios dan las letras al hombre para que pueda persuadir y enseñar en los libros aquellas acciones que ejecutadas se castigan con el dogal o con la cuchilla? Cedamos, cedamos en buena hora a nuestros acriminadores el infame mérito de esta libertad misera e inicua, en que el abuso de la racionalidad, convertido a la adulación de la malicia, da

autoridad al vicio, y se hace defensor de las abominaciones. Pensemos siempre en la verdad y virtud, y trátennos en hora buena de rudos los que prefieren a la verdad el sofisma, y a la virtud los medios de justificar las acciones viciosas. Seamos bárbaros como Sócrates, y dejémosles la gloria de emular la sabiduría de los jactanciosos sofistas que le desacreditaban. Menos importa nuestro descrédito para con ellos que nuestra corrupción: vale más ser sabios con sobriedad que caer por demasiada sabiduría en errores de que se avergonzaría la misma insensatez.

Ni debemos tampoco sonrojarnos de confesar que se nos prohíbe la lectura de aquellos libros, que sin que se les prohíba dejan de leer los hombres que desean conservar incorrupta la pureza de sus costumbres. ¿Qué, acaso la sabiduría está reducida a un pequeño número de obras menudas, en cuyas líneas nada se aprende, sino lo que no se debe aprender? ¿Perderán su excelencia nuestras bibliotecas porque no comparezcan en ellas un Rousseau, que solicitó inutilizar la razón, reduciendo al estado de bestia al que nació para hombre, un Helvetius, que colocó en la obscena sensualidad los incitamentos del heroísmo, y extrañó la virtud de entre los mortales; un Baile, patrono y orador de cuanto se ha delirado con título de filosofía; un Voltaire, gran maestro de sofistería y malignidad, que vivió sin patria, murió sin religión, y se ignora en todo que creyó o dejó de creer? ¿Quién jamás ha echado menos los falsos razonamientos y vanos caprichos para ser sabio, sino los que buscan la vanidad en la sabiduría, y aman pensar de cualquier modo, con tal que no piensen como los demás hombres? Yo sé que serían menos en algunas naciones las hogueras de libros encendidas por el ejecutor de la justicia pública, si la constitución de ellas ahogase en su origen la temeridad de las plumas desenfrenadas. Acá la legislación nos obliga no sólo a obrar, sino a pensar bien, y por eso rara o ninguna vez se ven ejecutadas semejantes penas contra los libros: en otras partes ni la imposición de las penas basta para refrenar la audacia de los escritores. Vemos en nuestros estantes, no sin aquel encogimiento que inspira la contemplación de la dignidad del entendimiento humano, la serie de aquellos hombres eminentes que han sido en todos los siglos la gloria, y no el descrédito de la razón; aquellos que han procurado mejorar, no trastornar el mundo; que no han conocido en sus investigaciones otro blanco que el de la verdad, ni en sus vigiliás otra ambición que la de ser útiles a sus semejantes. Leemos las especulaciones de la mente acompañadas de la rectitud de los pensamientos; y sin que en las opiniones de conjetura peligren los fundamentos de la verdad, de la justicia o de la religión, exentos de errores peligrosos logramos una ciencia útil en la mayor parte, y en la que no lo es, segura a lo menos de consecuencias perjudiciales. Equivocan pues vergonzosamente la libertad con el desenfreno los que forman a nuestro Gobierno un odioso capítulo porque no nos permite ser delirantes, ni confundir con el verdadero saber la perversidad de la reflexión. Su filosofía habituada a maldecir de todo, no se halla en estado de considerar que la legislación más perfecta es, no la que impone penas a los delitos, sino la que dispone medios para que no los haya. Castigar a un rebelde, a un impío, a un disoluto es cosa fácil; precaver la rebelión, la impiedad, la disolución es no sólo obra de una prudencia civil perspicacísima, sino la suma de todas las legislaciones, y el distintivo más excelente de las que van más ajustadas con los principios de la felicidad. No deja de ser libre el que no puede robar; ni aquél a quien se le vedan los libros sofisticos o disolutos deja de ser libre tampoco. ¿Llamaré yo absurda o tiránica a la legislación que me prohíba el uso de los tóxicos, o me quejaré de ella porque no consienta hacerse frenéticos a los ciudadanos?

Una historia de nuestra literatura, en que se pusiesen a la vista, no listas áridas de escritores, sino los progresos del entendimiento humano en España en cuanto concierne al ejercicio de las operaciones mentales, demostraría con el carácter científico de los españoles injustamente desacreditado en unos libros modernos de Italia, la solidez de sus adelantamientos; los objetos siempre útiles de su aplicación; su indiferencia por todo lo que es capricho y vano saber; su inclinación a aplicar las especulaciones al uso, y no a filosofar en materias estériles, sin servir de otra cosa a los hombres que de embeleso o admiración vana; su severidad en Juzgar sagacidad en descubrir; parsimonia y continencia admirable en no dejarse llevar inconsideradamente de las novedades que traen sólo la novedad por recomendación. Europa se vería precisada a reconocer y agradecerla beneficios tanto más estimables, cuanto en el cambio o trueque de los descubrimientos España resultaría deudora a las demás gentes de algunas invenciones más agradables que útiles; pero éstas a ella de muchos auxilios que hacen o menos peligrosos o más tolerables los achaques de la humanidad contemplada de todos modos. ¡Ojalá fuese tanta mi suficiencia cuantos son mis deseos de que este grande objeto se desempeñe con la debida extensión y dignidad, pagando a la patria el tributo de un testimonio tan ilustre de su cultura, y demostrando al mismo tiempo la gran verdad de que ni la pompa o esplendor con que se tratan ciertas ciencias, ni la multiplicidad de los raciocinios, ni el furor de filosofar en todo, bastan para tener a una nación por verdaderamente sabia, o para despojar a otra del mérito de la doctrina porque filosofe sin pompa, o no filosofe en todo livianamente! Nunca tal vez llegaría a mejor tiempo este desengaño; en que fastidiada ya la razón y empalagada con la infinita muchedumbre y variedad de los sujetos que la ocupan, parece que se dispone a desechar las superfluidades, y da como muestras de quererse reducir a no saber en las ciencias sino aquello en que pueda y deba ser sabia. ¿Qué empresa más ilustre en este caso que la historia de nuestro saber, cuya exposición sería, no ya una seca relación de nuestros méritos literarios, sino otro código de instauración ni desemejante, ni menos oportuno que el del célebre Canciller de Inglaterra? Porque no todo lo que propuso este gran varón se apoyó en experiencias y ejemplos prácticos que asegurasen la utilidad de sus documentos; ni aunque se celebren, se leen o practican, sucediéndole lo que a los grandes generales, cuyas victorias duran en la celebridad de los hombres; pero ninguno de los que después viven se toma el trabajo de averiguar y seguir sus estilos en la formación y disciplina de los ejércitos.

La curiosidad humana, saliendo con lentitud al principio de las prisiones de la rudeza, estimulada por la necesidad, después que socorrió las congojas de ésta, y proveyó al hombre de los auxilios que necesitaba para su cómoda conservación, partió rápidamente a introducirse en los países de la conjetura, y yendo en busca de la verdad, extraviada siguió sólo las sombras e imágenes de ella. No hay duda, debieron los mortales al penetrante vigor de su entendimiento la seguridad, la conveniencia, el bien, que contemplado de infinitos modos, y mirado por innumerables semblantes, a fuerza de raciocinios ha venido a ser el efecto de una muchedumbre de combinaciones, fatales pero durables testigos a un tiempo mismo de la grandeza del hombre y de su debilidad. Sus mismos descubrimientos le encaminaban al término de la felicidad que buscaba; y hubiera sido feliz si supiera detener los pasos a su precipitación. Mas, ¿en qué tiempo fue el destino de esta voluble criatura contenerse en los límites de lo que necesita para su bien, y conservar las cosas en el estado conveniente a su uso? Halla los remedios, y

corrompiendo en el instante el antídoto, con lo mismo que creyó hacerse feliz se hace miserable. Aumenta sus necesidades después de expeler las que le oprimían. Corre inconsiderado a un extremo huyendo de otro. Busca la línea del bien, y pasando ciego sobre ella, la pisa y deja detrás de sí. Se aparta tímido de la infelicidad, e inventa nuevas infelicidades que sufre animosamente porque son hijas de su capricho y no de la naturaleza. Convierte en ostentación el abrigo: en crápula la sazón de los alimentos: la cultura en afeminación liviana: reduce a ceremonias frívolas los vínculos de la sociedad: hace necesidad de la profusión: alaba la virtud, y sujeta la estimación al traje: castiga a un bandido, y llama héroe a un usurpador magnífico: sus acciones son una perpetua contradicción de los sentimientos que profesa en el labio; y su vida no es más que una continua repugnancia entre lo que cree y lo que practica. ¿Qué puede ser la sabiduría en un ánimo que tan desatinadamente se daña con los mismos bienes que busca para su provecho, y tiene en sí, no sé por cuál especie de fatalidad, el amargo destino de corromper aquellos medios que él mismo halla para vivir con menos congojas? De entre los horrores de la discordia salió la soberanía fundando las repúblicas y los imperios, que afirmados en los cimientos de la legislación, establecieron aquella seguridad que hoy gozamos, debida menos a nuestra voluntad, que al cuidado de la Providencia. Dividióse la atención política en diversos objetos, ya internos, ya externos, a que daba materia esta grande y universal sociedad de naciones. Varones que no tuvieron más filosofía que las inspiraciones rectas de la luz natural, introdujeron la cultura y virtud en algunas sociedades con pequeño número de leyes, cuyas prisiones fuesen seguridad, y no yugo de los que hablan de obedecerlas: modificaron diestramente las sociedades que ya hallaron formadas, y a semejanza del hábil piloto, no destruyeron la nave del Estado para construirla a su modo de nuevo, sino que dándola varios movimientos, la encaminaron por los mejores rumbos. Nació mucho después la Filosofía, y con ella el arrogante desprecio de cuanto habían pensado y establecido los que no se anticiparon a aplicarse el misterioso título de filósofos. En el instante, sin consideración a las relaciones siempre alterables que hay entre los Estados, y a lo instable y vario de los aspectos que cada uno de ellos suele tomar de siglo en siglo, se vieron nacer sistemas, no de la corrección, sino del trastorno de la comunidad, nivelando las legislaciones con la cuerda uniforme de unos principios fijos, como si fuese posible que los hombres durasen siempre en unas mismas costumbres y pensamientos. Su ambición de enseñar, disfrazada con máscara de celo, no les permitía ver que la política no es el arte de fundar repúblicas, negocio que ha estado en todos tiempos al cargo de la violencia, de la rebelión o de la casualidad, sino la prudencia en introducir y mantener la felicidad en el Estado, deduciéndola de su misma constitución, y afirmándola en sus principios fundamentales. Grave Platón, sutil Aristóteles, y tú no sé si digno de acompañarte con ellos, fastidiosamente ponderado Montesquieu, ¿a qué Estados de los que hoy existen podrán aplicarse vuestras meditaciones, de tal suerte que perpetuamente produzcan el bien a que decís que las encamináis? Una irrupción de septentrionales trueca el modo a la dominación. El zar Pedro hace hombres a los moscovitas: altéranse los intereses, por sola esta mutación, en una región inmensa dividida en diferentes dominios. Cuando llega esto a verificarse, ¿qué mérito les queda a vuestros preceptos?

Esta es la política de los filósofos, de aquellos varones graves con cuya posesión se ilustran y glorían las naciones que se llaman sabias. Y por ventura, ¿es otro su método en los demás ramos de la sabiduría? Ellos han querido introducir otras tantas religiones,

cuantas Son sus sectas, como si el conocimiento y adoración de un Dios, intereses principalísimos de la vida, hubiesen de estar sujetos a las averiguaciones de una tenebrosa razón, a quien, cuando no desatina como acostumbra, el conocimiento de una menuda verdad suele costar a veces siglos enteros y combinaciones innumerables. ¿Hay acaso alguna recomendable distinción entre las deidades de los filósofos, y las que forjó la ignorancia de los idólatras, para que aquéllos hayan de ser la admiración, y éstos el oprobio de la racionalidad? Todas son sueños, todas delirios: diferéncianse en la nomenclatura, no en el valor. ¿Quién no ve la misma vanidad en el éter de los estoicos, que en el Jove de Homero? Oigo ponderar la excelencia filosófica de nuestro siglo. Téngala en buen hora por mí. Pero yo no le veo menos fecundo en caprichos. En la filosofía actual todas las religiones se enseñan, menos la que representa a Dios con mayor grandeza, y contiene en sí la moral más santa, pura y sublime que hasta ahora se ha conocido. Ni siguió otro estilo la antigüedad. Tácito fue tal vez más indulgente con el cocodrilo de los egipcios, que con el Adonai de los israelitas. ¿Será siempre el destino de la religión verdadera ser perseguida de estos que se llaman patrocinadores de la verdad? Los decantados aumentos filosóficos de nuestros días lo han sido realmente en el aumento de los númenes: no se ha entibiado aún la furia de inventar dioses y predicar cultos, con haber más de veinticuatro siglos que principió. ¿Pretenderán estos ilustres genios, y los que por la excelencia de sus doctrinas pesan el mérito literario de las naciones, que cada uno de los hombres crea y siga los dogmas de todos ellos? ¡Oh, qué religión resultaría tan magnífica y consecuente! Se burlan de los cultos establecidos, porque ven no sé qué sombras de inverosimilitud en las revelaciones; y haciéndose nuevos apóstoles de dogmas repugnantes y contradictorios, llaman hallazgos de la razón a los que son extravíos de ella; racional conocimiento de la Divinidad, a lo que es una manifiesta corrupción de aquel instinto, un tiempo puro, hoy ya oscurecido y rodeado de incertidumbre, que inspira en el hombre las primitivas ideas de religión. Substituyen al Dios de Moisés el de Espinosa: a la moral de Jesucristo, la rebelión contra la moral: buscan ejemplos en los salvajes para disminuir el crédito de los sentimientos universales de la conciencia: dan nombre de religión al no tener ninguna; porque al fin, ¿qué me aprovecha que me hablen de Dios y de obligaciones, si sus ideas en estos puntos, de cuya certidumbre pende la felicidad humana, son inciertas, vagas, oscuras, indecisas, a veces absurdas, y siempre a propósito sólo para entretener el ocio de un número de caviladores, y no para uso de la vida civil y activa? El oficio de la Filosofía debía ser, auxiliando la santidad de los ritos, desterrar de ellos la superstición; y cuando ve que los hombres son llevados al culto por una irresistible inclinación de su naturaleza, examinar, no cuáles religiones son más acomodadas a las diferencias de los climas y Estados, sino cuál es entre todas más acomodada a las leyes de la racionalidad, más digna del hombre y del Dios que debe adorarse, más conforme a aquel orden a que están destinadas las criaturas que gozan de razón. ¿Desmerecería algo el esplendor, porque persuadiesen a los hombres, que pues no saben vivir sin culto, adopten el más puro entre los que existen? Pero la Filosofía ha siglos que está destinada a llevar por un mismo término a la verdad que al error. ¿Y deberá España sonrojarse por carecer de este linaje de ciencia?

Pero ¡oh, que no poseemos grandes filósofos naturales! ¡Que nuestra lengua y observación no ostentan aquel portentoso número de volúmenes, en que tienen las regiones del Sena y del Támesis, como en sagrado depósito, descifrados los misterios de la madre Naturaleza! ¡Que nos vemos forzados a sellar el labio, y bajar los ojos cuando

nos echan en cara nuestro descuido en este gallardo ramo de la Filosofía, con tanta utilidad cultivado en toda la Europa...! *¿Con tanta utilidad?* No nos deslumbremos. Sapiéntísimos naturalistas, intérpretes fieles de las obras del Ente infinito: una hermosísima claridad baña el gabinete donde ahora estoy escribiendo, que me hace distinguir los objetos que me rodean. *¿Qué viene a ser este fenómeno?* Esa claridad es la luz. Bellamente: sé que se llama luz la claridad; pero *¿de dónde proceden ésta y aquélla?* La luz es el fuego... pero *¿qué es el fuego?* La luz es la materia etérea: pero *¿qué viene a ser esa materia?* La luz es un cuerpo sutilísimo y rapidísimo; pero *¿de dónde le vienen la sutileza y rapidez?* La luz es una materia luminosa... Ya lo he oído; pero esa *luminosidad*, ese esplendor, esa facultad de hacer visibles los cuerpos, *¿qué es, de dónde le nace, con qué impulso obra...?* Ciertamente no faltará aquí alguna cualidad oculta, algún elemento sutil, o algún movimiento del éter; pero entretanto yo me quedo sin saber qué es la luz.

La ciencia humana en la mayor parte no es más que una tienda de apariencias, donde la espléndida exterioridad de los géneros engaña a la vista, y da visos de gran valor a unas materias fútiles en sí y caducas. Este engaño, que es común en mucha parte de lo que el hombre procura descubrir con el raciocinio, es como peculiar y casi inevitable en los descubrimientos de la Física. *¿Qué saben todavía los filósofos del íntimo artificio de la Naturaleza, después de veinticuatro siglos de observaciones?* Exageramos nuestras ventajas en estas materias sobre la antigüedad; y como si fuera culpa errar en lo que no se puede saber, pagamos ingratamente a las naciones que trasladaron a nosotros todas las artes útiles a la vida, porque no pusieron la atracción entre los principios físicos. Pero tal procedimiento es injusto y presuntuoso. En los seres que componen el mundo visible jamás alcanzaremos más que lo que en ellos se pueda numerar y medir. Los principios constitutivos que dan origen a las acciones de la Naturaleza, se esconden obstinadamente en el pozo de Demócrito; y los razonamientos que se hagan sobre ellos, nunca serán sino adivinaciones agradables, propias para dar pasto de siglo en siglo a la curiosidad humana, más solícita en conjeturar lo impenetrable, que en deducir lo que se facilita al conocimiento. Redúzcanse a cuerpo las que son realmente verdades en la Física, y vea la vanidad de algunas naciones si tiene motivo justo para desdeñarse del comercio con la antigüedad, y para tratar de ignorante a España porque no se ha inclinado a ignorar con ostentación. No crea precipitadamente ninguno de mis españoles que en su Península, aunque no tan rica en depósitos de experimentos, se sabe menos Física que en Francia o Inglaterra. No se deje deslumbrar con los ásperos cálculos e intrincadas demostraciones geométricas, con que, astuto el entendimiento, disimula el engaño con los disfraces de la verdad. El uso de las Matemáticas es la Alquimia en la Física, que da apariencias de oto a lo que no lo es. También acá sabemos el arte de forzar los elementos a que obren, y juntar el cálculo a la observación. También sabe España desmenuzar los cuerpos, examinar sus partes, medir sus períodos, y seguir el callado curso de la Naturaleza en el admirable artificio de sus efectos y transmutaciones. Pero no por eso cree que su ciencia física pase mucho más allá de la superficie de las cosas; ni entiende que de las causas físicas puedan saberse más, que las que son efecto de otras causas que negó la comprensión del hombre el Dios que le crió, más para que obedeciese sus decretos, que para que escudriñase sus designios. Las leyes del movimiento no me explican qué es movimiento. Mido las alternativas del tiempo en las estaciones, y no sé qué es esta alternación. Calculo el giro de los astros, y me es impenetrable la causa por qué giran. Observo que el aire es grave, que el agua es grave, y no comprendo la esencia de la gravedad. *¿Y quién logrará jamás*

desentrañar aquellos principios activos que dan fundamento a la constante acción y círculo de la Naturaleza; qué fuerza hace crecer al árbol, sentir al bruto, obrar los seres con peculiarísima distinción sin confundir sus operaciones ni aun entre sus mismas especies; seguir cada ente una leyes singularísimas en su existencia, duración y trasmutaciones; misterios que no entran en la jurisdicción de la mecánica, o geometría, y son, con todo eso, los muelles ocultos que producen aquel concierto y correspondencia de obras en esta grande y siempre incomprensible máquina del universo? Vuelvo a repetirlo. Sin tanto esplendor ignoramos acá lo que en otros países con grande pompa y aparato: que si en la ciencia física, como en las demás, no debe contarse por parte científica lo opinable, lo incierto, lo hipotético, lo que porfiadamente se niega a la inteligencia; ignorar esto de propósito, o resolverse a no desperdiciar el vigor del juicio en averiguar cosas que ni se permiten a la comprensión, ni pueden producir utilidad conocida, no tanto es aborrecer la ciencia, como desestimar sus superfluidades. Sabe Física la nación que sabe las verdades de ella: y la justa sobriedad en abstenerse de lo inaveriguable, será sólo delito entre los que llamen ciencia a la conjetura, y estimen la profusión hasta en el desperdicio del entendimiento.

Mas, qué: ¿España no ha sido jamás superflua en su sabiduría?, ¿se ha contenido siempre dentro de los límites de lo útil y verdadero?, ¿se hallan sólo depositadas en los volúmenes de sus escritores las materias que auxilian o perfeccionan al necesitado mortal? Su inclinación a sutilizar y su tenaz apego al Escolasticismo, ¿no tienen desacreditados sus métodos y libros en toda Europa? ¿Qué utilidad puede ofrecer en sí la literatura de una nación en que hasta los poetas hacen profesión de metafísicos, y los filósofos componen un espeso ejército de escolásticos, disputadores frívolos, en cuyas obras, como en una sentina científica yacen estancadas la sofistería, la incultura, y la vanidad...? No imitemos la jactancia de muchos de nuestros convecinos. No todo lo que se sabe en España es útil, sólido, bello, recomendable. ¿Y dónde está la nación, que haciendo profesión de sabia, ha sabido reducir su aplicación a las márgenes de la verdad deleitable o deleite útil? El achaque de la superfluidad ha acompañado a las ciencias desde su misma cuna: con él han transmigrado a las regiones que sucesivamente han ido adoptándolas; y con él permanecerán hasta la consumación de los tiempos, si ya por un milagro de la Omnipotencia no viste el hombre distinto ser, o se resuelve a ser verdaderamente hombre. Engañáronse en sus descubrimientos los primeros maestros de las doctrinas, y fundando las ciencias, tuvieron la desgracia de enviárnoslas en la mayor parte inútiles. Alteradas las formas y objetos del saber en diversos siglos, han podido variar el aspecto a la sabiduría, pero no destruir el vicio que contrajo en la primitiva institución. La pomposa Grecia apenas vio en sus escuelas sino caprichos expuestos con admirable orden y enérgica majestad de palabras. Imitóla el romano, que mulo tan temible de las cosas grandes, como en las menudas, después de subyugar a Atenas, quiso también usurparla las bachillerías de sus filósofos. ¿Qué daños no produce un vicio cuando se propaga?, porque pervirtiéndose cada vez más en el proceso de su propagación, daña hasta las mismas partes sanas por donde se dilata, y absolutamente destruye cuanto entra debajo de su dominio.

Una nueva dominación levantada en Asia por un torpe e ignorante impostor, pero que tuvo la suerte de tropezar con gentes todavía más torpes e ignorantes, después de un siglo de enemistad con las ciencias, las busca al fin entre las reliquias del caduco ya y vacilante

Imperio de Constantino. El favor de Almamón, Augusto de los Califas, ofrecido a los estudiosos y a los estudios con pródiga y desembarazada munificencia, sea por inclinación, o porque desease desviarse en todo de la feroz política de los Omniadas, atrajo a la Corte de aquel Príncipe pequeño número de doctos griegos, que pasaron a hacer estimable entre bárbaros el saber que yacía abatido ya en las regiones, donde en tiempos más florecientes había sido perfeccionado. Dedicáronse algunos a hacer árabes los libros de Grecia: aventuráronse otros a tratar en árabe las materias originalmente: introdujose la Cala o arte de la disputa, abusando ya con extremada prolijidad de la Dialéctica, u órgano de las controversias de los antiguos peripatéticos. El gusto a las ciencias se hizo general; pero los frutos que venían ya maleados en parte desde la Grecia, trasplantados a un terreno inculto, árido, sin preparación, degeneraron enteramente, y lo que fue ciencia, se convirtió en sofistería verbosa y semibárbara. Perdió la Filosofía los antiguos ornamentos que la hermoseaban, y conservó sólo los defectos de sus opiniones, debates e incertidumbres. Ninguna cosa más espléndida, más bella, más agradable que la Filosofía de los griegos hasta en sus delirios: ninguna más torpe, más fea, más inelegante que la de los árabes, cuya natural incultura unida al ansia de curiosar, produjo un saber menos culto, que imitado por quienes, en vez de mejorarle, le acabaron de pervertir, ha tenido después largos tiempos oprimidos los vuelos del entendimiento, y perdido el buen gusto y la elegancia de las doctrinas en el escabroso laberinto de las disputas.

Tres siglos había que el orbe sabio no entendía apenas en otros estudios, que en los que habían nacido del establecimiento del Cristianismo, cuando cayendo sobre España, a principios del octavo, un espeso ejército de mahometanos, sus caudillos, acompañados de algunos doctos en la ciencia árabe, vinieron a establecer en ella con el nuevo imperio el gusto e índole de sus doctrinas. Habían ya pasado los amenos días de los Sénecas, Lucanos, Porcios, Marciales, Columelas; y había sucedido la religiosa austeridad de los Concilios y arduas interpretaciones de la voz de Dios, en que ocupada la atención de los grandes varones de aquellos tiempos, quedaron como abandonadas las artes filosóficas, y las de humanidad casi pervertidas con la mezcla de la barbarie goda. Las letras profanas, consideradas como inútiles si no se hacían servir a la Teología, vistieron una especie de traje religioso, que al mismo tiempo que las consagró, las encogió primero, y después las olvidó de lo que habían sido. Nada era útil, nada digno del entendimiento, si no se aplicaba a la confirmación o explicación de los dogmas y de la moral. Fijado en Europa el imperio de los septentrionales, dando el último golpe a la dominación romana, extendió también a su lengua la desolación; y corrompiéndola, arruinó del todo la elocuencia latina, y con ella la ingenuidad y esplendor de las artes. Poesía, Oratoria, Matemáticas, Filosofía, y las que pendiendo de estas juntan la obediencia de la mano al mando y preceptos de la mente, todas, o perecieron en la mayor parte, o adulteradas con extrañas formas y aditamentos, se acomodaron a los estilos de una gente, que las usaba sin conocerlas. Tal era el decadente estado de la literatura en Europa, cuando levantadas ya en el siglo XI escuelas célebres en España por los Árabes que la dominaban, excitada con ellas la emulación de Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, sus sabios y maestros corren ansiosamente, parte a España, parte a la Arabia misma, a adquirir los métodos y materias de que carecían: y ve aquí en este momento establecido el imperio del Estagirita, asegurado primeramente en París, y de allí propagado a las demás naciones, sin que España adhiriase a la tiranía hasta muchos años después que gozaba ya de la autoridad de oráculo casi universalmente.

Era el saber de los árabes en aquellos tiempos una selva confusa, en que con estrechez íntima andaban unidas la sofistería, la superstición, la incultura y la utilidad. Elegancia, método, exactitud eran primores que jamás conoció, ni buscaba la pluma del sarraceno. Adelantaron notablemente la Astronomía, haciéndola servir para vanísimas predicciones. Debiéles la Medicina admirables aumentos al tiempo mismo que la afeaba con especulaciones imaginarias y monstruosos sistemas. Con nueva y feliz maestría aplicaron la Química al auxilio de las dolencias, y la llenaron también de enigmas, portentos, y credulidades que animaba la execrable hambre del oro. Metiéronse en las profundidades de la Filosofía, y convirtiéndola a apoyar las abominaciones del fanático Mahomet, crearon una Teología filosófica, en que los sofismas y pensamientos fantásticos componían el principal caudal, siendo preciso inventar absurdos para confirmar una religión absurda. Tomaron de la docta Grecia la general noticia de las doctrinas, e interpretando perversamente sus escritores, corrompieron aquello mismo que les sirvió de norma. Tenían poetas, y no tenían poesía-. Quisieron ser elocuentes, y fueron hinchados. Lograron grandes artistas, y jamás supieron producir un modelo. Abundancia en fin rústica, y bosque de desigual feracidad, donde con natural rudeza crecían a la par árboles útiles e inútiles, la saludable yerba y el venenoso arbusto. Tal género de ciencia era a la verdad poco apetecible en lo general; pero valía más sin duda que el letargo en que universalmente dormían entonces las letras en las restantes provincias de Europa. La España árabe era el emporio de cuantos deseaban aprender las artes, que, o dejó imperfectas la antigüedad, o arruinó la bárbara constitución de los tiempos. De allí salió el conocimiento de las Matemáticas, de allí la Astronomía, de allí la Medicina, de allí la Botánica, de allí la Química, de allí el principalísimo fundamento y elementos primeros de estas ciencias naturales tan célebre hoy, y cultivadas, no sé si con tan buen suceso como vehemencia. Si la sofistería, si la incultura eran visibles en las disciplinas árabes, era grande también su eficacia en adelantar los estudios útiles. Memorables testimonios quedan de su fervor e infatigable aplicación a la contemplación y averiguación de la Naturaleza; y es indubitable que si la elegancia de hoy debe su restauración a la literatura griega; sin las tareas de los sarracenos, las ciencias naturales no hubieran dado en estos últimos siglos tantos pasos hacia su perfección.

Ojalá la ardiente propensión de Europa en aquellos siglos a copiar y esparcir la literatura árabe, acertara a discernir en ella el abuso de la utilidad, lo superfluo de lo conveniente, lo racional de lo sofístico y caviloso. Tal vez fueran hoy mayores los progresos de esta razón, de este don inmortal tan poco apreciable en el uso de los que le poseen. ¿Y quien diría que la piedad, el inocente estudio de los decretos de Dios, había de embarazar al recto uso de la sabiduría, por la inevitable corrupción que reciben las cosas más puras en manos del hombre? Pues no hay duda: la permanente inclinación a los estudios sagrados, principal ocupación en aquellos tiempos de los pocos sabios del Cristianismo; si bien inculpable considerada en sí, dio empero ocasión para que, despreciadas por éstos las doctrinas útiles de los árabes, y tomando de ellos las sutilezas vanas con que habían estragado las materias de la Filosofía griega, o se introdujese, o se aumentase en la religión el fatal abuso de las cavilaciones, y se adoptase por ciencia única la cansada habilidad de durar en altercaciones eternamente pertinaces. De la antigüedad, ni se tenía, ni se lograba más noticia que la escasa y poco fiel, que comunicaban las traducciones árabes, textos únicos que se leían en las escuelas. Desterrada así del todo la culta erudición, que lucía lánguidamente en corto número de libros que produjeron los siglos

VII y VIII, prevaleció sólo la gloria del que con mayor tejido de abstracciones aéreas y caprichosas rebatía las ajenas doctrinas. Averroes introducido sin diligencia suya en el imperio de la Filosofía, suministró sistemas nunca oídos, que se fundaron sobre sus malas interpretaciones de la de Aristóteles. El espíritu de altercación dio entrada a las sectas, y empeñada cada una en delirar a cual más podía, entendiendo mal las mismas malas explicaciones del Comentador, crearon nuevas naturalezas, nuevos seres, nuevas artes, nuevos dogmas, que adjudicaron liberalmente al infeliz filósofo de Estagira, y eran partos, o más bien abortos de una discordia, menos docta que desenfrenada. París era el gran teatro de las disputas, y el centro de donde se derramaba la barbarie a los demás países. Su escuela era menos un gimnasio de literatura, que una palestra o circo de gladiadores. Disputábase por el partido, no por la verdad; y este furor hizo de la mayor escuela que entonces conocía el orbe cristiano un puesto común, donde con vehementísimo hervor se propugnaban errores y absurdos, que saliendo de la Dialéctica, se introducían en la religión, y la contaminaban. Dilatóse el contagio a las demás ciencias, y no hubo una que no se hiciese bárbaramente escolástica. Establécese en Italia el estudio de la Jurisprudencia por el hallazgo de las Pandectas Florentinas, e interpretando aquellos primeros juriconsultos italianos a los más elegantes de la antigua Roma, forman un nuevo Derecho desaliñado, escabroso, rudo, disputador, que subyugó con mayor poder que el fuego y el hierro a todas las legislaciones de Europa, haciéndose obedecer los antojos de unos hombres que ni aun conocían lo que interpretaban. Tocóle igual suerte a la Medicina. Era ésta en la mayor parte griega entre los sarracenos. Habíanla aumentado, y aun mejorado con observaciones y experimentos propios, hallando nuevos medicamentos, y sustituyendo otros más saludables a algunos de los antiguos. El *Coliget* de Averroes, adoptado por texto en las escuelas médicas, era un excelente manual, en que con orden y método harto feliz, se enseñaban los elementos del arte poco enmarañados de especulaciones filosóficas. Si la ignorancia de las costumbres, lengua, estilos y artes de Roma produjo un Derecho indigesto, inculto y antojadizo: la aplicación de la filosofía pseudo-peripatética a la teórica de las dolencias produjo una Medicina escolástica en que, menos los modos de curar, todo se averiguaba. Cargáronse los textos árabes con impertinentes y enormes comentarios, que los adulteraron y extraviaron su utilidad entre un confuso amontonamiento de cuestiones frívolas.

¿Qué no sufrieron todas las ciencias, todas las artes en aquellos siglos de horror, de oscuridad, de cavilaciones? La majestad y gracia de la elocuencia, ahuyentada por un idioma latino-bárbaro, moría ahogada entre las lamentables ruinas de la esclava Grecia y abatida Roma. Las Musas, forzadas a acomodarse a una cadencia servil, y al áspero dialecto que engendró la repugnante mezcla de idiomas poco conformes entre si, no tanto cantaban, como martilleaban en la formación de los versos: y la elegancia y la energía, ¿qué lugar habían de tener en un lenguaje corrupto, o que se iba formando de la corrupción de otros? La ignorancia dio igual autoridad a todos los escritores, y desdichadamente la lograron menor los más sabios, los que menos servían para alimentar el fuego de la contradicción y disputa. Las escuelas componían un mundo imaginario, donde las cosas eran muy diversas de lo que son en el que vivimos. Los Doctores *Resolutísimos, Irrefragables, Sutiles*, siendo ciudadanos, nada entendían de la política o gobierno de las ciudades; siendo racionales nada se cuidaban de las leyes de la racionalidad; siendo hombres nada averiguaban sobre sus relaciones con los demás hombres: la admirable fábrica de sus cuerpos les servía más de peso que de objeto de

indagaciones útiles, su cosmografía era metafísica, su geografía metafísica, los elementos, planetas, círculos, el tiempo, los períodos, la variada constancia de los movimientos de la universal madre Naturaleza en los seres que rige, acomodados a la vana metafísica de cada secta, con ser tan vasta materia en sí, daban sólo alguna vez breve asidero para ligeras escaramuzas, que dejaban bien presto libre el campo a la ventilación de las abstracciones y marañas dialécticas. Desterráronse la observación y la experiencia, como opuestas al fomento de las altercaciones. El orbe sabio se hizo disputador, y para disputar fue preciso hacerlo todo dudoso, incierto, inaveriguable. Siglos igualmente fieros y turbulentos en las campañas que en los estudios: en que ni el descubrimiento de la verdad, ni la defensa de los derechos legítimos, animaban las cuestiones o los combates, atenta sólo la ferocidad a satisfacer la ambición humana con triunfos de sangre o de sofistería.

Difícilmente podrán persuadirse los Massones, Tirahoschis y Bettinelis que fue España en aquellos siglos tenebrosos la que mantuvo el verdadero uso de las ciencias. Raro es hoy el historiador que no hace profesión de filósofo: raro también el que no tuerce la filosofía a sus devaneos, o lo que es lo mismo al sistema que le inspiran ya el interés, ya la preocupación. Las protestas de no desviarse de la verdad, de mantener el ánimo exento de las persuasiones del odio, del amor, del partido, se leen con expresiones magníficas en los exordios de las narraciones; pero el éxito da bien presto a entender que la filosofía de hoy no es desemejante a la de todos los siglos en obrar al revés de lo que profesa. Ocupada España por los mahometanos se vio en la necesidad de sustentar una guerra intestina, tanto más vehemente, cuanto la inflamaban más el odio recíproco de las religiones, la repugnancia de las costumbres, y la insoportable gravedad del yugo. El furor de la enemistad encendido principalmente por el horror con que el cristiano español miraba los ritos del supersticioso musulmán, trasladó el horror mismo a la filosofía árabe, viéndola aplicada al apoyo del execrable entonces, y ahora ridículo Alcorán; y esta fue sin duda la causa de que España de las ciencias árabes adoptase sólo las que, sin mezclarse en la religión, ilustraban el entendimiento, o socorrían la vida. No sucedió así en el resto de Europa: Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, abrazando fervorosísimamente el abuso del Escolasticismo poco o nada necesario para confirmar una religión que lleva en sí misma los caracteres de la verdad, ardían en disputas escolásticas: levantábanse en sus escuelas sectas y facciones escandalosas que trascendían a las constituciones fundamentales de los Estados, y los turbaban: afanábanse sus Doctores en ganar sobrenombres sonoros a costa de gran número de fatigas, cuando menos superfluas: la agobiada España entretanto, combatiendo con sus tiranos por la recuperación del perdido Imperio, al mismo tiempo que pugnaba por arrojarlos, sacaba de sus enemigos la utilidad que podían dar de sí, a saber el conocimiento de las Matemáticas, de la Astronomía, de la Medicina. Ciertamente: no salió de España en aquellos tiempos ningún *Doctor Irrefragable*: no ningún jefe de *Realistas*, no ninguno de *Nominalistas*. No fue ella el teatro en donde se representaron las llorosas escenas de los Roscelinos, Almericos, Porretanos, Dinantos, Abelardos: ni el clima *influidor de las sutilezas* influyó entonces en ninguno de sus sabios los errores de aquellos hombres, fundados en sutilezas y juegos de palabras tal vez de ninguna significación, y en la verdad poco a propósito para explicar misterios inexplicables, y dogmas revelados por Dios más para ejercitar la reverente fe, que para dar materia a cuestiones indisolubles... Historiadores sistemáticos, en quienes la casualidad del nacimiento puede más que el

amor de la razón y justicia: vosotros que hacéis a España madre de las cavilaciones, y terca patrocinadora del Escolasticismo: si hubo demérito en los abusos de éste, si fue barbarie su establecimiento y propagación; id, buscad su origen en las regiones mismas que os han dado patria: París, Bolonia, Oxford, Padua, Ferrara, Nápoles»le engendraron y alimentaron: franceses, italianos, alemanes, ingleses fueron los grandes promovedores del falso Peripato; los fundadores de estas sutilezas tan abominadas en vuestros libros; los inventores de un Derecho romano que nunca conoció Roma, y antes bien nació como para pervertir sus leyes, y destruir su elegancia y cultura; los que con adiciones impertinentes y de ningún uso corrompieron la Medicina árabe, desacreditándola sin culpa suya en la posteridad. En aquellos pueblos se labró, y de ellos se difundió la amarga confección que tuvo aletargado el vigor del entendimiento en el largo espacio de más de cuatro siglos. A la mitad del XIII empezó España a divisar en sus estudios, por la comunicación con Bolonia y Paris, las primeras vislumbres del Escolasticismo. Sin él, Alonso IX, Monarca de esta edad, fue sabio, y sabio de mayores y mejores conocimientos que los batalladores de las escuelas. Por no haber sido Escolástico restableció la Astronomía en Europa, y también por no haberlo sido supo ser historiador, poeta, filósofo experimental, y sobre todo prudentísimo legislador, que entresacando de la Jurisprudencia Irneriana lo conveniente y más provechoso; y valiéndose de sus grandes luces y propia experiencia en los asuntos políticos, logró dar a sus súbditos leyes, cuales ni todo el escuadrón de los escolásticos de la primera época, contemporáneos suyos, ni la edad posterior con toda la pompa de su filosofía, han sabido darlas, ni más sabias, ni más justas, ni más completas, ni más metódicas.

Ni podía ser de otro modo. Los moros de España cultivaron las ciencias naturales y matemáticas con notabilísima preferencia a las metafísicas y teológicas. Carecían de ellas los cristianos indígenas, y las necesitaban. La intermediación y la esclavitud facilitaron la comunicación, y la necesidad suavizó el horror de tratar con gentes de la religión distinta. Los templos cristianos en medio de la supersticiosa dominación conservaban aún el gusto a las ciencias sagradas, sin decaer mucho de la gravedad y decoro con que las habían tratado, y hecho como revivir Isidoro, Fulgencio, Leandro, Juliano, Tajón, y la demás tropa de varones piadosos que sustentaron el crédito de las letras debajo de la servidumbre goda. Pero la paz que floreció entonces dichosamente en el seno de la Iglesia de España aseguró la verdad del dogma sin ventilarle, y ocasionó con esto, que no habiendo motivo para emplearse en escritos polémicos, los prelados y, eclesiásticos, que eran los sabios en aquella edad, redujesen sus tareas literarias, o a ilustrar ambas Historias civil y eclesiástica, o a explicar la moral y dogmas de la religión, o a entender los libros árabes para adquirir sus ciencias. Hecho común en la nación el idioma sabio, se abrió el conducto para que las doctrinas se hiciesen igualmente comunes. Y si bien la religión y la política separaban los ánimos de los españoles, cristianos y musulmanes; pero el saber indiferente pudo adaptarse, sin peligro, a la utilidad de todos: y en efecto, mientras las Universidades de afuera trabajaban con vehementísimo ahínco en perturbar el uso de la racionalidad y producir enormes depósitos de sutilezas vanas o incomprensibles; España, libre del contagio del Escolasticismo, daba de sí entre los sarracenos habilísimos médicos, astrónomos, geómetras, algebristas, químicos, poetas, historiadores; entre los cristianos hombres que competían en estas artes con sus tiranos, y uniendo a ellas el estudio de la religión, tratado con el decoro antiguo, hacían de su nación la región única donde las ciencias eran lo que debían. Las primeras Cátedras con que se señaló la

Universidad de Salamanca, erigida a mediados del siglo-XIII, fueron las de Lógica, Retórica, Aritmética, Geometría, Astronomía, y Música, artes todas que no se fomentaron ciertamente para formar grandes escolásticos.

Si algunos hablan nacido en la región del Ebro; en Bolonia, en París enseñaban los enmarañados métodos que aprendieron en estas mismas escuelas. Nada se disputaba en España. Su Teología era sólo la explicación del dogma y la tradición, afirmada en los divinos oráculos de la Escritura, y expuesta con desembarazada sencillez por los Santos Prelados a quienes el Hombre Dios, sin título de *Sutiles o Irrefragables*, confirió la autoridad de interpretar sus misterios, y mantener la estabilidad invariable de la creencia. La ciencia legal, apenas gustada en los fastidiosos Comentarios de los Juriconsultos disputadores, se aplicaba en la lengua propia a la legislación, no ya sólo por el inmortal Alonso, sino por el conquistador Jaime, verificándose existir en España dos sabios legisladores contemporáneos, puntualmente en los mismos días en que los Azonianos sujetaban a sus voluntarias decisiones la administración pública del resto de Europa. ¿Qué más? Nacían en España los tratados de la sólida Medicina, y como si al otro lado de los montes dominase (y dominaba en efecto) un contagio corrompedor, no bien vencían los Alpes o Pirineos, ya comparecían desfigurados, pervertidos entre groseras interpretaciones, que por desgracia se hacían más lugar que los textos mismos. En resolución, de lo bueno y malo que contenía la literatura árabe, los cristianos de España tomaron lo bueno y útil, y conservaron el decoro de las disciplinas que aquella no conocía: los mismos árabes españoles cultivaron entre las ciencias con vehemente predilección las Naturales y Matemáticas, desperdiciando bien pocas tareas en las puramente Metafísicas. Los extranjeros tomando lo malo del saber árabe, pervirtiéndolo más y más con sus adiciones y explicaciones, abandonando el estudio de la experiencia y verdad, y entregándose con furioso despecho a las disputas y combates sofísticos, inundaron de vanidades la religión y filosofía. Ni la más mínima parte tuvieron los españoles en esta corrupción, mienta cuanto quiera la mal informada precipitación de sus enemigos. Tuviéronla sí en los conatos de mejorar el fundamento de los males; en procurar la reducción de la Dialéctica a su uso legítimo para restituir al buen camino a los que con tanta soberbia como falsedad se intitulaban filósofos. Español fue el que desenredando el arte lógica de la confusa maraña de las impertinencias escolásticas, y contrayéndola en pequeña suma (que por lo mismo llamó *Súmula*) facilitó su breve adquisición, e intentó el primero hacer guerra por la raíz a las sutilezas. Español fue también el que viendo frustrado el juicioso trabajo de su patricio, y aun corrompido por el perverso frenesí de los comentadores, restauró el mismo trabajo y desvelo, mostrando prácticamente que el fin de la Dialéctica no debía ser el de entretener cuestiones de ninguna utilidad ni significación, sino el de llevar como por la mano al entendimiento para que sin extravíos halle la verdad en las ciencias. Si se malograron estas empresas, quedando hasta su memoria hundida en poco gloriosa oscuridad, no fue ciertamente entre los españoles, que las animaban convencidos de la necesidad de una reforma fundamental: malogrónlas los obstinados Doctores de las escuelas extranjeras, que inflexibles en mantener las discordias en su miserable Dialecticismo, no parece sino que se desvelaban en convertir en escorias el oro puro que caía en sus manos, más infelices en esto, o tal vez más culpables que el fabuloso Midas.

España se hizo escolástica mucho tiempo después que toda Europa era escolástica. Adoptó enteramente aquel método con tanto ardor y escándalo sostenido en las Universidades, cuando vio que para conservar íntegra la unidad de la religión, era ya indispensable necesidad derrotar con la Teología escolástica a los que confundiendo los abusos de ésta con los fundamentos de la religión, con pretexto de desterrar el Escolasticismo, destruían el dogma, y desunían la Iglesia. Mas ¿de qué modo se adoptó en España? Mejorándole; convirtiéndole de profesión semibárbara en ciencia elegante, sólida, reducida a principios ciertos e invariables. Clamen cuanto gusten contra los escolásticos los que sin ser filósofos solicitan adquirir este nombre con la insolencia, o los que conociendo con imparcialidad el demérito de aquellos en muchas cosas, los culpan y acriminan: lo que tiene de malo el Escolasticismo no lo adquirió en España; lo que tiene de bueno aquí lo adquirió. Españoles fueron los que le purgaron, los que a la profundidad, o llámese sutileza de sus racionios, aplicaron las galas del buen gusto y amena literatura: y ni Italia, ni Francia, ni Alemania, ni Inglaterra negarán jamás justamente que entre nuestros grandes escolásticos y los suyos hay la misma diferencia entre los doctos del siglo XVI y los del XII. En éste todo fue rudeza, todo oscuridad; en aquél todo elegancia, todo luces: y habiendo florecido en él nuestros grandes nombres, Victoria, Cano, Báñez, Soto, Castro, Suárez, Valencia, Maldonado, y el restante escuadrón de varones doctísimos, escolásticos todos, pero escolásticos que entendieron y usaron de las humanidades y cultura de las lenguas y bellas letras con tanta maestría y acierto, como los que en otros países han colocado su gloria en sólo profesarlas; la malignidad misma habrá de confesar que uno de estos vale por muchos Okamos y Halesios: y España jamás trocará al sólo escolástico Cano, no ya por todos los *Illuminados* e *Irrefragables* de la edad pasada, pero ni tal vez por ninguno de estos ponderados fabricantes de mundos de la presente, que con título de filósofos han dado algún aumento a las Matemáticas, pero han tratado la Filosofía, si con más orden y pulidez, no con menos voluntariedad que aquellos a quienes reprenden. La utilidad y la solidez son los polos de la sabiduría: y si cuando un Cartesio me forja un orbe imaginario de ningún uso para los hombres, un Cano los enseña a fortalecerse en la adoración del Ente supremo, confirma la certeza de sus promesas, establece en principios invencibles la ciencia de la Divinidad; y disipa y destruye las dudas que la malicia humana introduce en los mismos arcanos de Dios para aligerarse del yugo de las obligaciones que le debe: sea en hora buena grande hombre Cartesio cuanto quiera entre sus patricios; pero, yo no preferiré el estudio de un mundo fabuloso a la seguridad de mi entendimiento en la adoración que debo estar al Criador y árbitro de mi ser: ni la arbitraria y fútil fábrica de los torbellinos podrá jamás compararse dignamente con el mérito de perfeccionar el estudio de la religión. Esta es la primera y más urgente obligación del hombre: aquella es ocupación de que sin gran daño puede carecer el uso de la racionalidad y de la vida. El que me confirma en las voluntades de mi hacedor, me demuestra la necesidad de su revelación para adorarle digna y decorosamente, y ordena los fundamentos en que se apoya esta revelación misma: ese es el verdadero grande hombre para mí, porque es el que verdaderamente sirve y aprovecha a los hombres. Las admirables pruebas de ingenio en cosas estériles y ningún uso, alábense si se quiere; pero alábense según su valor. Conserve en buena hora Atenas el nombre de Demócrito, gran sistemático y no más: pero levante y consagre las estatuas a Sócrates, que sin sistemas enseñó el arte de ser buenos a sus ciudadanos, y sin ostentación echó los cimientos a la divina ciencia de las virtudes.

Conozco bien el siglo en que vivo. ¿Pero acaso la posteridad hará gala de la precipitación en sus juicios, y juzgará tan al aire como la presente tropa de filosofadores, que confundiendo tiempos y cosas, miden a los elegantes y sólidos escolásticos por la misma línea que a la infacunda y vana turba de realistas y nominalistas? Reprueban la escuela, porque han oído que aconteció su primer origen en siglos bárbaros. Reprueban también por esa nueva regla de Lógica todas las célebres invenciones, debidas primero a la mecánica, y alguna vez casual ocupación de hombre rudos, y perfeccionadas después por la industria de mejores entendimientos. No apruebo los abusos del Escolasticismo; ni en cuanto a Filosofía hago ni haré jamás profesión de, otros dogmas, que de los que me inspiren la demostración y recta experiencia: mas no sin indignación veo que el inconsiderado odio contra el nombre perjudica al saber de España, temerariamente culpada de escolástica por los que no saben que atendidos los tiempos, y aun la naturaleza misma de las cosas, puede haber grande y sobresaliente mérito en la profesión de la escuela. Confieso sin dificultad, que para unas gentes que consideren la religión y moral como objetos de indiferencia; que gusten de razonar de todo por los principios de su corrupción o antojo; elogiar el lujo, y reírse de la virtud; franquear las puertas al desorden, y maldecir de la autoridad de los tronos; llamarse filósofos, y obrar y pensar como sibaritas; confieso, digo, que para tales sabios será con razón gravísimo demérito haber consumido grandes fatigas y meditaciones en confirmar y explicar las austeras verdades del Evangelio; en demostrar a los hombres la seguridad de una religión que los guía a la paz, a la beneficencia, al amor recíproco; y en sostener este único y alto instrumento de la felicidad humana, como sagrada áncora a que se acojan cuando quieran resolverse a obrar según las leyes y constitución de su ser. El fantástico Celso, pegado, cual siervo adscripticio, a las imaginaciones de su caprichosa filosofía, ¿cómo ha de estimar las tareas de quien le vaya a predicar un nuevo sistema, cuyo primer consejo es el ejercicio de una moral santísima, y el primer dogma la creencia en un Dios no formado por el capricho? Perdónesele por mí, en gracia de la ridícula vanidad filosófica, la temeridad de preferir sus sofismas a unas verdades, en cuya observancia no hay peligro alguno, y puede haberle grandísimo en no observarlas y recibirlas. Sea su ley, pues él lo quiere, el desenfreno de su razón. Pero que Celso, porque tiene forjada en su imaginación una idea peculiar de las ciencias opuesta a aquellas verdades, haya de tratar con desprecio el profundo y extenso saber de los varones doctísimos que se aplican a confirmarlas, es un delirio, es una fanática ceguedad, que se niega voluntariamente a reconocer el mérito de lo que le repugna. Tenemos magnífica opinión de las ciencias de nuestros días, porque las tratamos con pompa magnífica; pero el imperio de la ignorancia no ha cedido todavía, ni muchas, ni extensas provincias, a las invasiones del entendimiento. Pequeño número de verdades, sujetas a evidente demostración, consuelan a los hombres juiciosos de la vasta multitud de ficciones y conjeturas, que nos agobian sin asegurarnos. No hay ciencia, aun en la presente ilustración, cuya mayor parte no conste de dudas y controversias, que formando innumerables volúmenes, dejan el entendimiento, poco menos, en las mismas tinieblas que tocaba ahora veinte siglos. Pasarán muchos antes que el hombre se fije en lo que segura y universalmente debe aprender y saber. ¿Qué extraño pues que aun en el recto y sólido escolástico se tropiecen sombras y tinieblas en muchos puntos, si el desengaño que trae consigo la tácita frialdad con que hace mirar el tiempo las invenciones más ponderadas y recibidas, va ya haciendo desconfiar hasta de los dogmas del más que físico, geómetra Newton; y a pesar de los

infatigables esfuerzos de tantos hombres inmortales de nuestros tiempos para dilatar los dominios de la verdad, nos vemos inundados de sectas, sistemas y opiniones, con tan precipitada abundancia, que jamás se han escrito, ni mayores, ni más excesivos delirios, resucitados los envejecidos y ya olvidados, y acumulados sobre ellos cuantos sueñan diariamente la vanidad, el antojo y la irreligión?

Me atrevo a afirmarlo, sin recelar la vergonzosa contingencia de desdeirme: la maligna ignorancia de un Masson que cree que nada debe Europa a los españoles, no hallará en verdad que le es deudora de mundos imaginarios, ni de invenciones efímeras que destruye el futuro día, durando sólo sus memorias como para testimonio y escarmiento de la ambiciosa curiosidad del hombre. Pero puestos en la balanza de la razón los descubrimientos, si se deben estimar más los más provechosos; España, sin dejar de hacer singular aprecio de las laboriosas y útiles invenciones de las demás gentes, no cede a ninguna el valor de las suyas, y en algunas muy importantes obtiene indubitadamente la preferencia. Si Masson quiere tener sólo por cultas a aquellas naciones en que se haga particular mérito de las ficciones sistemáticas; a aquellas en que las investigaciones del entendimiento sirvan en la mayor parte para embelesarnos, no mejorarnos o socorrernos: a aquellas en que la administración pública corra a cuenta del ciudadano imperito, empleándose en tanto los filósofos en formar estados y legislaciones fútiles, imposibles de reducirse a la ejecución: a aquellas, en fin, en que, puesto que haya mayor número de libros, sistemas, opiniones, bullicio y hervor ardentísimo en el cultivo y fomento de algunas ciencias, no por eso se logre mejor legislación, mejores costumbres, juicio más recto, virtudes más desinteresadas, constitución más feliz para lo general del cuerpo político: si coloca, vuelvo a decir, la cultura de una nación en sola esta actividad infecunda, y tareas que nada interesan al orden y felicidad de la vida; España no aparecerá, cierto, del todo inculta, que también ha sabido engendrar célebres soñadores, siquiera para que por ellos la tengan en alguna consideración los países que prefieran la gloria de un sistema vano a la formación de un código legislativo. Pero aunque menos fértil en este linaje de cultura, cuando ha convertido en todos tiempos su saber a la utilidad común, y sea por alguna inclinación que obra desconocida, o por la concurrencia de circunstancias que lo han dispuesto así, cada grande progreso suyo en las ciencias y artes ha sido un evidente beneficio en favor de los hombres; despreciando tranquilamente las hazañerías de la ignorancia, fía a los doctos imparciales la decisión de si es o no acreedora al título de sabia una nación, que funda el mérito de su sabiduría en el aprovechamiento que ha recibido de ella el género humano. Una nación, cuya náutica y arte militar ha dado a Europa, en vez de un soñado y árido mundo cartesiano, un mundo real y efectivo, manantial perenne de riquezas; en vez de razonamientos voluntarios sobre las leyes, los mejores legisladores de los actuales estados políticos; en lugar de sofistas impíos, juiciosísimos mantenedores de la única religión que enseña a ser justos; y en vez de vanidades científicas, los reformadores y restauradores de las ciencias. Sabia es, sin duda, la nación, que con menos superfluidad ha acertado a tratar las materias de mayor importancia: sabia, y no con pequeño mérito, la que en medio de una continuación de invasiones violentas, sujeción sucesiva y nunca interrumpida a fenicios, cartagineses, romanos, septentrionales, sarracenos; guerras varias, atroces, civiles, intestinas: frecuentes levantamientos de Estados; usurpaciones de provincias por la envidia política; dominaciones a veces tiránicas, a veces lánguidas y nada activas, a veces trastornadoras

de su utilidad e intereses mismos; ha podido hacerse gloriosa en el universo, no menos que por sus conquistas, por su saber.

Esto es lo que voy a demostrar circunstanciadamente en el restante discurso de esta Apología. Quizá la rigidez con que se ha hablado en ella hasta aquí del lujo científico, habrá hecho creer a algún Masson, que se defiende lo meramente útil en las ciencias, porque España no ha sabido sobresalir en lo redundante o de puro recreo. Cuando fuese así, no tendríamos de que arrepentirnos. Pues dicen que estamos en el siglo de la Filosofía, permítaseme filosofar un poco con alguna novedad en esta materia: y dispóngase la malignidad extranjera a ver renovadas en la *Península Escolástica* las miras de Vives, y Bacán, que servirán como. de presupuestos para juzgar del mérito de la literatura de España. Si hasta aquí he mostrado la injusticia de las acriminaciones generales con que pretenden desacreditarnos, acordaré en lo siguiente algunos beneficios notables, que debe Europa a las vigilias de nuestros doctos. No es Biblioteca esta oración: no es tampoco Historia. El trabajo que en este género de escritos han empleado ya españoles de mayor suficiencia, me excusa legítimamente de la fácil ocupación de mal copiar sus métodos y asuntos. Verá Europa algo de lo que debe a España verá también cotejándolo imparcialmente con lo que cada nación ha contribuido al beneficio universal, que si un español aspira a defender el crédito literario de su patria contra los atrevimientos de la maledicencia, no tanto busca el mérito de una gloria vana, cuanto la enseñanza de aquellos mismos que la ofenden. Porque es indubitable, que si algunos de nuestros buenos escritores fueran leídos por los que hoy hacen profesión de oraculizar, su moderación sería más visible, sus desengaños más provechosos, menos confiada su erudición, y más juiciosa su razón en el tratamiento de la sabiduría.

PARTE SEGUNDA

Contemplemos al hombre saliendo de las manos de la Naturaleza, y entrando por grados sucesivos en las necesidades a que le expone la fragilidad de su mismo ser. Vese dueño por una parte de una potencia inteligente, que le hace mirar con desdén la sujeción a su porción grosera y material; y halla por otra, que esta misma porción le obliga a acomodarse a las urgencias de la vida, proporcionando su espíritu a lo que piden de necesidad las leyes de su conservación y existencia. En esta correspondencia y servicio recíproco de la materia hacia la racionalidad, de ésta hacia la materia, estriba el ser del hombre; y en la recta práctica de estas leyes se funda principalmente el cumplimiento del orden que constituye la peculiar naturaleza del animal dotado de razón. Creer que el hombre es un ente vago, lúbrico, acomodable a cualquier constitución, falto de orden y reglas fijas que encaminen el ejercicio de sus acciones, es querer que la sofistería se burle desvergonzadamente de los mismos bienes que nos ha concedido pródigo el Criador para utilidad y perfección nuestra. Sin orden no hay perfección: sin leyes no hay orden; y el hombre sin leyes sería la criatura más despreciable del universo.

Las varias relaciones que le rodean y llaman a sí desde el mismo punto que empieza a despertar en él la racionalidad, le hacen ir ajustando su entendimiento, no sólo a las consideraciones de lo que se debe a sí, pero también a la reflexión de lo que debe a otros: y es esto de tal suerte necesario en su ser, que del conato en la observancia de estas

obligaciones han procedido el culto y la política, inclinaciones, no invenciones del entendimiento. Nació el hombre entregado al peligro de decaer en su naturaleza racional; y la precisión de mantenerla en su legítima constitución le inspiró los instrumentos de que debía valerse. Nació criatura sociable; mas rotos los vínculos de la sociedad por las discordias que encendió la destructora llama del interés, hubo de buscar auxilios eficaces, que mitigando el fuego, restableciesen la seguridad en la comunicación. Nació atado a un cuerpo frágil, corruptible: y siendo innumerables las ocasiones que le rinden a las dolorosas miserias de la humanidad, penetró sagaz los tesoros de la Naturaleza, e investigó en ellos socorros saludables, que, o bien las ahuyentasen, o redujesen a menor y más suave período. Tales son las primitivas y más precisas operaciones del hombre: sus potencias todas, tanto las que residen en el principio intelectual, como las brutales que sirven para la conservación de la parte corpórea, emplean aquí sus conatos como en su propio oficio. Existe el hombre como tal, cuando ejercita sus facultades para mantener el orden de su ser. Bien pueden hacerle gloriosos descubrimientos arduos que no se dirijan a este fin. Mas si por ellos descuida o altera el cultivo de los objetos a que nació, será sin duda racionalísimo, pero su racionalidad será sólo un precioso y exquisito instrumento neciamente desperdiciado en producir obras de ningún precio.

Si el hombre fuera sólo lo que es su ánimo, como pretendieron persuadir algunas sectas de la Filosofía antigua, en vano nos fatigarán las solicitudes a que nos inclina el peso del cuerpo. Hemos sido destinados a un mundo material, y la posesión de él imposiblemente se verificaría si careciésemos de materia. Los Filósofos mismos que arrancaban al hombre de su porción corpórea, siendo eficacísimos oradores de las virtudes, no reflexionaban que es el cuerpo la ocasión de que se ejerciten. La frugalidad, liberalidad, magnificencia, caridad, fortaleza, el pudor, la justicia misma, serían voces de ninguna significación, o por mejor decir, nada serían sobre la haz de la tierra, si los hombres hubieran de vivir con el puro ánimo, y colocar en sólo él las obras y ocupaciones de su existir. La Providencia, aunque liberalísima, no es pródiga de sus dádivas. Cada ente logra de su mano los dones que necesita para componer el orden de su naturaleza. Sin cuerpo el racional no sería este ente que se llama hombre; y pues el Criador dispuso que fuese tal ente, y le creó para que como tal llenase todas las leyes de su orden, su racionalidad no debe desamparar

al cuerpo mientras asista en él; debe dirigirle, debe encaminar sus inclinaciones para que hagan la jornada de la vida, según las intenciones del que la concedió.

La contemplación de las cosas divinas, decían los platónicos de la última Academia, constituye la esencia del ser humano. Inconsideradamente. El ser humano es todo lo que constituye al hombre. No sólo ha nacido éste para contemplar lo que debe a su Criador (aunque es su ley primera); ha nacido también para ejercitar los oficios de su orden respecto de sí, respecto de sus semejantes. La Divinidad no se satisface sólo con ocupar la inteligencia humana, sirviéndola de sujeto a sus abstracciones, si los que se abstraen así no cumplen por otra parte con las leyes del orden a que fueron creadas. Tal contemplador de las cosas divinas puede haber, que sea al mismo tiempo mal juez, mal padre, mal marido, mal ciudadano, en cuyo caso con dificultad se atreverían los platónicos a sostener que está la esencia del ser humano llenamente cumplida en los procedimientos de semejante contemplador. Para aficionar a los hombres al estudio de la sabiduría no hay

necesidad de enajenarlos de su naturaleza. Platón quería hacer sabios, y dando demasiado al entendimiento, no formaba hombres: disculpable con todo eso, porque creía arrancar así la raíz de donde crecen y se alimentan las inclinaciones viciosas. En el extremo contrario ha caído hoy la Filosofía. Da demasiadas riendas a las facultades brutales, y aparta al mortal igualmente de su ser por la senda opuesta. Quieren hoy formar hombres los filósofos, y nos arriman con demasía a los brutos.

Mantener el justo medio que entre estos dos extremos señala el juicio, es con propiedad enseñar sus oficios a la naturaleza humana: es distinguir la preferencia que han de lograr en su estimación unas aplicaciones respecto de otras. Considerada toda en sí del modo que existe en la tierra, sus conocimientos y estudios deben ser apreciados por la mayor o menor utilidad de sus fines; como si dijésemos, por la mayor o menor conexión con los destinos de la criatura racional. Cuanto ésta medita, hace, inventa, ordena, todo lo dirige o a *perfeccionarse* o a *socorrerse*, o a *recrearse*: no salen de estos límites las duras y laboriosas investigaciones del entendimiento, los maravillosos efectos de la industria humana, sus innumerables invenciones, su jamás cansada actividad. Reconoce el hombre un supremo Dador y árbitro de su existencia; nota en sí la irresistible propensión a la gratitud; considera la grandeza del beneficio; conoce el poder de quien le recibe; y hela aquí empleada al instante su meditación en descubrir la voluntad de su Criador, para no extraviarse en el cumplimiento de las demostraciones que le son debidas. Observa también un orden inviolable en todas las criaturas del universo, periodos fijos, leyes seguras e inalterables; vese incluido en aquel orden universal, que resulta de las estables operaciones de cada ente: reflexiona que deben también las suyas dirigirse por norma cierta y determinada; hállase en parte semejante a los brutos, en parte superior a ellos: y hele aquí, que separando del encadenamiento universal del orbe el vigor y objeto de sus potencias intelectuales, deduce los principios de la Moral, o lo que es lo mismo, las obligaciones que le ligan como ente racional atado a un cuerpo. El instrumento del habla, y la misma inclinación de su ánimo, le indican que es criatura sociable; la recíproca comunicación forma su estado en la vida: advierte en sí este nuevo orden, subordinado al primitivo de la racionalidad; halla que la constitución de este orden secundario consiste todo en la seguridad mutua; y su entendimiento mismo sin grandes vigiliias, le suministra los medios de mantener indemne la comunidad, y le inspira reglas por donde pueda asegurarse de las injurias y usurpaciones.

Si el hombre supiera obedecer los naturales impulsos de su ser, y mantenerse en la integridad que compete al orden que obtiene entre las criaturas, bastaba la brevedad y pureza de estas naciones, para conservarse en la perfección de su naturaleza. La religión, la moral ya aplicada al solo individuo, ya a los oficios recíprocos, son en el hombre lo que en los demás entes aquellas leyes peculiarísimas que determinan las acciones de cada uno. Siguiéndolas existiría sin duda en la tierra con toda aquella excelencia y dignidad que conviene a un ente que se precia de origen divino. Pero a pesar de las sofísticas argumentaciones de algunos ciegos defensores de la necesidad ciega, el ánimo del hombre es libre; voluntariamente se opone a lo que conoce que debe obrar. Y sigue lo peor porque le deleita, no porque le necesita. ¡Ay! Lamentables alteraciones produjo en la unión sociable este don divino en sí, y hecho ya por el abuso instrumento de cuantas perversidades y ridiculeces ocupan hoy al soberano de las criaturas. Degradado éste de su dignidad, adulteró los sentimientos naturalmente impresos en su mente. En vez de

reconocer a un Dios cual debía, dobló las rodillas y quemó inciensos indistintamente a hombres y bestias, erigiendo aras a sus caprichos, y esforzándose en los milagros del arte para honrar a la Diosa Fiebre, o al asqueroso y abominable Priapo. La ambición y el interés, que dividieron en porciones la tierra, y engendraron las sangrientas ideas de posesión y dominio, encendieron la discordia en la sociedad, y entonces la horrenda guerra, naciendo entre la universal sedición del género humano contra sí mismo, redujo la crueldad a preceptos, y logró que los mayores y más augustos distintivos de la gloria se adjudicasen, no a la virtud benéfica, sino al pecho impío, que con mayor talento acertase a esclavizar o destruir a sus semejantes. Hízose gloriosa la usurpación; y el temor de ella inspiró el freno de las convenciones, reconcentrada la voluntad de todos en el punto de la soberanía, para que con la sujeción a la ley positiva gozase cada uno de su posesión sin peligro. Levantáronse las Monarquías y los Imperios, que reprimiendo los atrevimientos de la libertad, obligaron al hombre a ser bueno por fuerza, el cual por no querer obedecer pocas y naturales leyes, hubo de sujetarse al arbitrio de una utilidad facticia, que multiplicando las prohibiciones por los distintos objetos a que de grado en grado fue dilatándose la antes no conocida idea del bien civil, estrechó entre nuevos y artificiales vínculos las acciones humanas. Modificóse la sociedad primitiva; desapareció la igualdad; distribuyéronse los ministerios, jugando risiblemente el capricho en la diferente estimación de las clases. El sustento y las comodidades se hicieron precio de la negociación, y los dones de la Naturaleza vendibles o hereditarios. Con todo eso la malicia humana mudó de semblante, no de costumbres. La ambición y el interés turbaron el dulce y blando sosiego que prometía la comunidad natural; y la ambición y el interés turban hoy los mismos establecimientos civiles, a que dio lugar la necesidad de contener el desenfreno de aquellos vicios. Es menor el desorden, pero poco o nada ha perdido de su vigor la detestable inclinación que conjura al hombre contra el hombre.

La depravación, empero, del linaje humano sustituyó necesariamente convenciones y leyes arbitrarias a las naturales; y las tinieblas del entendimiento, que desconocía ya a la misma Deidad, requerían también ilustración alta y segura, que le restituyese al recto ejercicio de la religión, y le recordase los deberes que imprimió en él la ciudadosa mano de la Naturaleza. Lo diré sin recelo. La Legislación civil y la Religión revelada fueron los antídotos con que ocurrieron la prudencia y la Providencia a estas necesidades de la mortal angustia: y la Legislación civil y Religión revelada son ya las principales ocupaciones a que debe atender el hombre, siendo, como son, un suplemento de aquel tranquilo y puro estado de que le desposeyó su impaciente y temeraria malicia. No me amedrentan los dicterios de la impía incredulidad. Resueltamente reconozco en el Cristianismo los caracteres de una benéfica Omnipotencia, y sólo en sus documentos veo los medios de reducir al hombre a la virtud para que ha nacido. Perdida en la tierra la adoración natural, pervertidas las ideas del Criador, oscurecido el conocimiento de las virtudes, ¿en qué otra religión sino en la Cristiana, se halla la restauración de estas obligaciones, sin las cuales el hombre no tendría necesidad de ser racional? Fue singularísima atención de la Providencia comunicarse descubiertamente a los hombres, ya que inutilizaron las inspiraciones de su razón; así como fue auxilio eficacísimo a la perversidad de las costumbres el freno de la prudencia civil, dividido en las varias leyes que forman la esencia de la República. Sociedad pervertida, religión pervertida, pedían sociedad y religión, que destruyesen el vicio introducido en una y otra: y verificándose esto efectivamente en la Legislación positiva y Religión revelada, quien solicite

desprenderse de tan santos vínculos, quéjese de que es criatura inteligente y capaz de ejercitar la virtud, pues sólo quien esté mal con tan inestimables dones podrá despreciar establecimientos que patrocinan la virtud, y mejoran y ennoblecen el entendimiento.

¿Y cuánta no ha sido la sagacidad de éste en fecundar y perfeccionar estos grandes socorros de sus necesidades? De la unión civil, por la diversidad de las relaciones y objetos, de una vez y casi en tropel nacieron para los intereses externos la Política, el Derecho convencional de las naciones, que hoy se llama de gentes, la Náutica, la Milicia, el Comercio: para el orden y armonía interior, el precepto, la prohibición, la pena, que aplicados a innumerables objetos y acciones, de cuyo mutuo concierto resulta la salud y utilidad común, forman el fin de la legislación, y dan materia al Derecho privado. Entonces deduciendo el entendimiento unos descubrimientos de otros, y acudiendo ansiosamente a facilitar y multiplicar los auxilios, aumentó la fertilidad a la tierra; midió los tiempos para la distribución de la vida: redujo a medida y cálculo la cantidad: aprovechó las conveniencias de brutos, plantas, metales y piedras con el cuerpo humano, para la fuga de las dolencias y conservación de la vida. La utilidad imperaba en los descubrimientos y racionamientos. Pensábase para mejorar o socorrer al hombre. Halláronse las artes de imitación, y se estimaron por la gloriosa industria de la mente, que encontró medios de emular las inimitables obras de la Naturaleza. Un diestro escultor, un pintor admirable, un eminente arquitecto, un orador magnífico, un poeta ensalzador de la Divinidad y de la virtud, dieron justificado y digno motivo para que el hombre se estimase en lo que es, considerando atónito la divina fuerza de sus potencias. Nadie se llamó filósofo en muchos siglos; y el mundo estaba ya lleno de ellos, de aquellas invenciones, que o bien ennoblecen, o socorren esta indefinible humanidad, tan digna de admiración como de lástima, y tan fecunda en prodigios como menesterosa.

Después de hallazgos tan provechosos, ¿qué falta hacían en la tierra para la humana felicidad los sistemas de Metafísica, los elementos y mundos forjados por el capricho, las artes de disputar interminablemente, las imposibles adivinaciones de la Naturaleza, la vana curiosidad de entender misterios impenetrables, la enorme multitud de opiniones que han producido el antojo y las tinieblas de la razón en lo que no necesita saber? Porque provisto el hombre de los instrumentos que le perfeccionan, y necesitando de toda su atención para aplicarlos debidamente, malgastó en vano su inteligencia, divirtiéndola a especulaciones, que ni la ilustran ni la hacen recomendable. La desgracia fue que los cuerpos científicos se formaron cuando el entendimiento se pagaba ya de las opiniones; y la propensión a fingir o señalar por causas imaginaciones voluntarias, afeó en su mismo origen la ordenación de las ciencias, mal distribuidas en parte, y en general acomodadas más al genio, índole, o natural de aquellos que las ordenaban, que a los fines a que determinadamente debían dirigirse. Introdujéronse por este abuso en las ciencias útiles los sistemas vanos, y quedaron proporcionadas más al ejercicio de las disputas, que al uso activo en su aplicación. Igual suerte tocó a las artes, cuando reduciendo a reglas sus mismas facultades el entendimiento, empleó mal los órganos de la racionalidad, haciéndolos servir para fines, o inútiles o perjudiciales. La Lógica en su primer origen fue arma, no auxilio de la razón: dividida en sectas la Filosofía, convirtió el admirable artificio de los racionamientos al patrocinio de sus vanidades, y el instrumento de hallar la verdad se aprovechó neciamente para oscurecerla. Mientras no fue arte la Poesía consagró la majestad de sus números a los elogios de la Divinidad, a las recomendaciones

de la virtud, a los aplausos del heroísmo, a igualar con la inmortalidad los nombres de los que señalaban su gloria en beneficios memorables hechos al género humano: estrechada la cadencia en preceptos admitió en sí la muelle ocupación de ánimos doctamente obscenos, y estableció reglas para avivar el fuego de la incontinencia, y debelar las resistencias del pudor. Encarcelada en cortos límites la elocuencia, sus elementos se destinaron sólo al uso de las Repúblicas. La Gramática, principal instrumento de la mente, se ciñó a conjeturar y maldecir, destinados fastidiosamente sus profesores a notar sílabas y adivinar conceptos. Rara fue entre las ciencias, entre las artes, la que no compareció adulterada, y raro el siglo que no las ha distinguido con alguna superfluidad pomposa. La inclinación al lujo es connatural a la degradación que padece el hombre; y aunque para conducir sus juicios tiene en sí la norma de la razón, pocas veces se le ve posponer la redundante magnificencia a la frugalidad saludable. Infinitos han sido entre los sabios los que se han fatigado con ímprobo desvelo en aumentar o mantener la corrupción de la sabiduría: apenas llegan a seis los que conociendo y lamentando los extravíos, han tenido resolución para mostrar la vanidad, y el mal uso de la mayor parte de lo que se sabe. Es república la de las letras más indómita que la más libre de las civiles; y por lo mismo ha frustrado siempre, y frustrará los esfuerzos del celo sobrio y racional. Se esclaviza innumerables veces por su voluntad a los caprichos de un filósofo soñador; y con ridícula altanería repugna los documentos que se encaminan a mejorarla. Es oficiosísima esclava de sus tiranos; y aborrece el prudente gobierno de los que, sin denominarla, se afanan por reducirla al buen orden.

A pesar, no obstante, de tan antigua y tan obstinada ingratitud, un restaurador de las ciencias, un justo estimador de las más importantes, son ciertamente muy superiores en saber y precio a toda la turba de los caprichosos sistemáticos: y la nación que haya dado de sí más hombres de aquella calidad, es sin duda tan acreedora a ser reconocida por sabia, como las que han producido gran cantidad de superfluidades en la sabiduría. ¿Y quién, sino la ignorancia instigada por el torpe furor de la malignidad, osará negar que han nacido, que han sido educados en España la mayor parte de aquellos genios incomparables, que en todos los siglos han declamado contra las extravagancias de la razón; que han procurado restituirla al recto conocimiento de la verdad; que la han señalado sus límites, manifestando los objetos que principalmente deben interesarla, y demostrando los perversos fines a que convierte la inmortal fuerza de sus potencias? La religión es la principal ciencia del hombre; ella es la que le distingue, sin equivocación, de los irracionales: en España se han reducido a método, y han sido hechas verdaderas ciencias la natural y la revelada. La moral, unida a la religión, mantiene al hombre en la perfecta constitución de su naturaleza: ni Roma, ni Grecia misma poseen un Séneca, el padre, el grande orador de la virtud. La unión política adoptada para moderar el desorden de la natural, aplicó el mayor precio entre las ciencias, después del culto, a la legislación, por ser ya el más firme fundamento de la felicidad humana: el Derecho de Roma, hecho común en toda Europa, aun después de la destrucción de su Imperio, fue obra de un español, y con todo eso España sola, sin mendigar leyes que se establecieron para distintos tiempos, hombres y costumbres, Posee en su seno los mejores códigos legislativos que conoce hoy la tierra, renovados sucesiva y prudentemente en las alteraciones de su Monarquía. El arte militar es el escudo de la legislación, el defensivo de las sociedades civiles, ya protegiendo los intereses de cada una, ya vengando las infracciones de la fe pública: España cuando unió en sí el imperio de casi dos partes del

mundo, sojuzgándolas enseñó a ambas el arte de vencer. La Náutica enlaza la comunicación de todo el género humano, interrumpida con inmensos y soberbios mares que la dificultan: por ella se hacen comunes los dones de la Naturaleza, con sabia economía distribuidos según las calidades de las regiones; el europeo goza de las estimadas producciones de Oriente; el Oriental de lo que produce la industriosa pericia del europeo. Si no suministró España el casual hallazgo de la brújula, sus pilotos fueron por lo menos los primeros, que empleándola premeditadamente en más que atrevidas empresas, tentaron entregarse a la vasta capacidad de mares nunca hollados, y dieron a la asombrada tierra el inaudito ejemplo de girar por toda la circunferencia del globo: y ¿de qué nación ha copiado Europa su legislación marítima, sino de la que por la inmensidad de sus posesiones ultramarinas, hubo de formar un código especial para el mar, cuando ni aun para la tierra poseía uno peculiar ninguna de las demás naciones? El deseo de la propia conservación es la primitiva ley de la Naturaleza: sugirió al hombre todos los medios de asegurar la tranquilidad de la vida, y entre ellos el preciosísimo de mantener los órganos de ella en su natural orden: España ha sido después de Grecia la que ha defendido a la humanidad de las invasiones de nuevas dolencias; la que ha mantenido ileso el dominio de la observación; la que ha comunicado a Europa el arte de investigar por las operaciones del fuego las virtudes medicinales; la que en sus conquistas de Oriente y Occidente abrió un nuevo mundo, no menos rico para los progresos de la Medicina, que para la negociación del comercio...

Sin un profundo conocimiento, sin una recta aplicación de las artes subalternas, que facilitan el uso de las primitivas, ¿cómo hubieran recibido tanta luz en España la Religión y la Moral, la Legislación y la Política; la Milicia y la Náutica; la Farmacia y la Medicina? No se trata aquí de aparatos, en que embebecido el juicio se deje plácidamente arrastrar de objetos, que tal vez le estragan. Sin grandes auxilios pueden inventarse opiniones célebres, que después de haber dado pasto por medio siglo a la ociosa curiosidad de la Filosofía, conserven sólo la memoria de que de nada sirvieron al mendigo mortal. Más es menester la Lógica para disolver los sofismas, que para forjarlos: la formación de un sistema es obra de las veloces combinaciones de un ingenio apto para ordenar novelas; pero el convencimiento de la verdad es efecto de muchas artes, que hacen servir a distintos objetos la observación, la experiencia, el raciocinio y la combinación misma. Propóngannos en hora buena Francia, Italia e Inglaterra sus profundos géometras, sus eminentes astrónomos, sus consumados físicos: sin envidiárselos, unimos con gusto nuestras alabanzas a las que se merecen tan grandes hombres. Pero afirmaré siempre sin temor, que a Newton y Descartes les hubiera sido infinitamente más fácil hallar sus mundos sin el auxilio de las Matemáticas, que sin ellas a Magallanes el famoso estrecho, en que consagró su nombre a la inmortalidad. ¿Cómo se aventurara a engolfarse en inmensos mares jamás visitados de la temeridad humana, quien no fiase de su ciencia astronómica, física, cosmográfica, por lo menos aquella probable seguridad, que ha establecido el atrevimiento docto en lo instable del más bravo de los elementos? Ni las reformas o aumentos de las ciencias se ejecutan tampoco con la conveniente solidez sin la posesión de aquel círculo amplísimo, en que eslabonadas todas, enseñan en la conexión las sendas que ha seguido el entendimiento para hallarlas, y por sus fines los modos con que han de tratarlas, o la necesidad o la conveniencia. No reforma la legislación quien no penetra íntimamente la política interna y externa; quien no percibe las escondidas relaciones de los intereses públicos con los privados, de los

nacionales con los extranjeros. No restaura la ciencia de la religión, quien no examina al hombre, y deduce el fin de su obras; quien para convencer la verdad de oráculos incomprensibles a la embotada y flaca inteligencia humana, no vuelve la vista al mismo origen del universo, y aclarando tiempos, desentrañando lenguas, verificando hechos, calificando tradiciones, y en suma, valiéndose de cuanto comprende en sí el círculo de la sabiduría para declarar los designios de Dios, no los hace demostrables con la necesidad, con la autoridad y con el raciocinio. ¿Carecería del conocimiento de toda a Enciclopedia o ciencia universal, el grande, el inmortal Vives; aquel expugnador inflexible de los abusos; sagacísimo escudriñador de cuanto, superfluo, vano, desordenado, pernicioso han metido en las ciencias el descuido o la sofistería; promovedor infatigable de la utilidad; verdadero y primer padre de la restauración; a cuyos desengaños, no aprendidos en la entonces bárbara París o tenebrosa Bolonia, sino sacados del inestimable fondo de su prudencia, es deudor el entendimiento de cuantos progresos sólidos ha hecho después de sus días en el estudio de la verdad? La expresión de *buen gusto* nació en España, y de ella se propagó a los países mismos, que teniéndola siempre en la boca e ignorando de dónde se les comunicó, tratan de bárbara a la nación que promulgó con su enérgico laconismo aquella ley fundamental del método de tratar las ciencias. Pues calúmnienos cuanto quiera la precipitada ligereza de sus escritores:, algo más que ellos sabe, sin duda, la región en que aquéllas se aumentan y reforman: algo discierne en las ciencias la nación que para expresar la propiedad, orden y exactitud, hace general una frase desconocida hasta de la fecunda Grecia. La culpable ignorancia de España ha estado sólo en no haber sabido jamás hacer hinchada y jactanciosa ostentación de los muchos e innegables beneficios con que ha obligado a todo el linaje de los hombres. Desgraciada virtud es para el español la moderación. Despierta en fin, hostigado de infames acusaciones, y obligado a rechazarlas con las armas de la verdad, le hacen también delito de la defensa. Es sabio, y le culpan de bárbaro: se defiende, y le insultan: presenta pruebas irrefragables, Y sin escucharlas se obstina el odio en sus tentar su error; y todo esto en el siglo de la Filosofía.

¡Oh siglo ostentador, edad indefinible para las venideras, en que los estudios del hombre y de la verdad yacen despreciados por la fanática inclinación a investigaciones y objetos que nos distraen si no nos corrompen! ¿Cuándo veré yo en ti los deseados días en que la razón juzgue sin temeridad; la superficial turba de tus escritorillos deje el lugar a la profundidad de los moderados sabios que ríen en silencio; el disoluto desahogo huya a la vista de la virtud cándida; se estimen los libros por lo que instruyan, no por lo que deleiten; se llame grande hombre a un benéfico legislador, a un ilustrador de nuestras tinieblas, a un auxiliador de nuestras necesidades, y no a un poeta impío y falsario, a un delirante con máscara de filósofo, a un soberbio escarnecedor de la virtud y de la justicia? Aprende a pensar, y desnudándote de la ridícula altanería con que, sin considerar la grande distancia que hay de formar las ciencias a recargarlas con aumentos las más veces inútiles, te jactas de haber excedido a la inventora Grecia, cuando ni aun tienes ojos para penetrar la excelencia de una de sus estatuas, resuélvete a dar a las cosas su verdadero precio: y si estimas esta enseñanza como sola digna del hombre, de sus fines, y de su naturaleza, abandona el fútil magisterio de la vanilocuencia, y acógete a España a aprender solidez, decoro, y desengaños que te harán juzgar de tu ciencia menos presuntuosamente. En esto coloca ella el mérito de su saber; no en Dramas trazados para combatir la religión pública; no en Cursos de educación, dispuestos para destruir la

sociedad; no en Diccionarios hacinados malignamente para ofuscar la verdad, y autorizar la sofistería; no en discursillos frenéticos, que ponen su precio en la maledicencia. Saber lo que se debe y cómo se debe es el mérito científico de mi patria. ¿No lo creéis, naciones sibaríticas, cuya sed y ansia por las delicias os induce a pensar del mundo literario como del civil; que así como preferís el molesto boato y voltaria superfluidad del lujo a la conveniente compostura y decencia sabia, anteponéis también los excesos y extravagancias del entendimiento a su juiciosa moderación y docta continencia? Registrad, si os lo permite la lectura de vuestras rapsodias, el brevísimo cuadro que os pone a la vista un español que en la misma defensa de su patria pelea por el triunfo de la verdad, y sigue la inalterable costumbre de sus patricios de trabajar en el destierro de los errores. Abreviaré el discurso para no horrorizar con largas páginas la impaciente y turbulenta aplicación que reina en nuestros sabios días.

Tomó Roma su legislación y cultura de los griegos, cuando ilustrada ya mucha parte de España por los fenicios, cartagineses y griegos mismos, sus ciudades marítimas ostentaban indubitablemente mayor magnificencia que la capital de aquel rústico imperio que después había de subyugar al orbe. Grecia, discípula del Egipto, acrecentando y haciendo mejores las doctrinas que recibió, consiguió ser maestra del universo, esparciendo su saber ya por medio de sus colonias, ya por la extensión de la dominación romana. La gloria latina, que se dejó embelesar con la felicidad y pompa de sus triunfos, quiso persuadirse, cuando apenas empezaba a gustar las ciencias y las artes, que trasladadas éstas a Roma mejoraron entre las manos de unos hombres que acababan de echar de su república a los maestros de Retórica y a los Filósofos, declarando perniciosas sus enseñanzas. Aún no poseía Roma un Virgilio, un Horacio, un Livio, un Séneca, y ya se creía superior en la literatura a la patria de los Homeros, Píndaros, Platones, Aristóteles, Demóstenes, Eurípides, Xenofontes, Tucídides. Jamás supo Italia sino lo que copió de Atenas, si se exceptúan las cavilosas respuestas de sus jurisconsultos; y nunca pudo resolverse a confesar su inferioridad. ¡Tan antiguo es en los literatos de aquel país sacrificar los generosos sentimientos de la gratitud a la infeliz ansia de querer pasar por maestros hasta de los mismos de quienes han aprendido!

El memorable siglo de Augusto, tan célebre para Italia por sus tiranías como por sus doctos, se empeñó en arrebatarse a Grecia la gloria de sus escritores, e imitándoles logró competirle dignamente en algunos ramos de la Poesía y de la Historia. Cicerón, deseoso de introducir en su patria el gusto a la Filosofía, había hermoñado poco antes con las galas de su admirable estilo muchos trozos filosóficos que copió de las sectas de Grecia; pero la declarada propensión de los tiranos de Roma hacia los estudios amenos, violentó, como la libertad civil con la fuerza, la aplicación literaria con el favor; quedando por esta causa inutilizados los conatos del digno sectario de Platón, y poco favorecida en la capital del mundo la ciencia de perfeccionar al hombre. La ruina de la república llevó también tras sí la de la elocuencia. No eran ya necesarios los Hortensios, Crasos y Cicerones en un gobierno donde la tiranía había tomado las veces de la persuasión. Precipitadamente se la vio caer, del alto grado de majestad y nervio a que la había levantado la constitución libre de la república, a las delicias casi afeminadas con que enervada la gravedad latina, representaba hasta en la literatura las torpezas de la ya viciosísima ciudad. Efecto fue de los abusos del poder, cedido, con poca gloria de la política romana, a abominables monstruos. El depravado gusto del sanguinario y difidente Tiberio, sostenido con la

despótica autoridad de tirano tan inepto como cruel por el largo espacio de veinticuatro años, fomentando las artes en sola la parte que las pervertía, extravió los estudios de Roma de la recta senda que después de Varrón, Atico y Cicerón, había abierto el fino discernimiento de Augusto. El lujo también, que ocasionó la mal usada posesión de todas las riquezas del orbe, y las riendas de la Monarquía universal puestas en manos de hombres perdidísimos, autorizaron soberbiamente el gusto de los espectáculos; no de aquellos nobles y decentes con que instruía a su vulgo la sabia Grecia, sino de los que con insensata profusión, y bárbara u obscena industria viciaban al Pueblo en vez de corregirle. Apoderábanse así Mimos, Histriones y Gladiadores de la voluntad de Príncipes torpes y sangrientos; y habituado el pueblo a la estimación de lo que era grato al impío árbitro de su felicidad, con evidente abandono de los estudios graves y profundos, le eran sólo aceptos los que más vivamente le deleitaban. Nadie tampoco podía ser sabio, sino el Emperador. La espada tiránica estaba siempre amagando sobre la cerviz del triste literato, que cometía el temerario crimen de ser más hábil que un déspota indigno de ser hombre. La Filosofía, ¿qué precio habla de lograr en un palacio, donde sólo se trazaban adulterios, estupro, parricidios, tormentos, rapiñas; y en una ciudad donde, hecha adúladora la servidumbre, aplaudía la maldad por no experimentar los crueles efectos de ella? En soledad oscura dictaban sus dogmas algunos varones íntegros, que debiendo Roma mirar con rubor, trataba con desprecio. Ni obtenía mejor fortuna la enseñanza de aquella arte vencedora, que en mejor edad daba generales y leyes a la Metrópoli de la tierra. Las escuelas retóricas, convertidas con propiedad en juegos literarios, eran ceremonioso asilo donde una frívola juventud acudía tumultuariamente a seguir la costumbre de aprender algo para aspirar a las dignidades. Yacía el divino estro ahogado en el espíritu de los sucesores del Mantuano, forzados a escuchar en silencio las tanto ridículas como vengativas Musas del pérfido Tiberio, del atroz Nerón. Poseyendo Roma en su seno emperadores (elegidos por ella misma), que tiranizaban con tanta ferocidad la república literaria como la civil, y emperadores, que así como eran perversos en las costumbres, lo eran también en la literatura; ¿a qué el equitativo Tiraboschi sale de su prudente Italia a buscar en la región última de Occidente los corruptores del gusto latino, cuando por conservar el verdadero gusto perecieron Lucano y Séneca, y mucho tiempo vivió pobre Quintiliano, los tres mayores hombres que consiguió la lengua del Lacio, después de los florecientes días de Augusto? La gloria de la literatura romana consistía en aquel siglo en sus oradores, en sus historiadores y en sus poetas; y consta con bien horrible seguridad que Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, cuatro monstruos que produjo Italia para eterna injuria del género humano, no consentían impunemente aplausos a otras historias, poemas ni oraciones que no fuesen las suyas. Se quemaban con decretos públicos las que salían de mano entera y sobresaliente: y sus autores, si escapaban de la envidiosa inhumanidad del execrable César, se dejaban morir antes que la calumnia los arrastrase a la infamia de los suplicios.

¡Miserable momento para la casa Annaea aquel en que, abandonando su fértil Córdoba, trasladó su establecimiento a la capital del orbe y de la tiranía! Salvaban a España de las violencia que sufría Roma su distancia y separación del centro del Imperio. Las escuelas, que en grande número habían ido erigiéndose en sus ciudades desde las primeras invasiones de los romanos. florecían tranquilamente, ni perturbadas por el despotismo, ni corrompidas por la italiana depravación. ¿Dónde tiene Italia tres escritores de los tiempos de Tiberio y Cayo hasta Vespasiano, que puedan competir en elegancia, pureza y

propiedad con Fabio, Mela, y el culto Moderato? Preferíanse también en la severa provincia las materias de evidente utilidad a las fútiles en que por necesidad se empleaba la aplicación romana: naciendo de aquí que hasta el gramático Higino, desviándose de la común senda de sus semejantes, se dedicase a ilustrar el Arte militar, la Agricultura, la Geografía y la Historia, tal vez al mismo tiempo que los gramáticos italianos, por complacer al digno Tiberio, trabajaban infatigablemente en averiguar cuál habla sido el canto de las Sirenas, y qué nombre tuvo Aquiles cuando oculto en Sciro vivió en traje de mujer.

Llevó estos sentimientos a Roma la casa Annaea, y le fueron fatales. Gran Séneca, egregio honor del Pórtico, filósofo único que puede oponer sin rubor el imitador Lacio a la gloriosa Grecia, ¿con qué premios, con qué retribuciones ha obsequiado a tus venerables Manes la ingrata Italia, por el inexplicable mérito de haber contenido cinco años en los límites de la virtud al más desenfrenado y bárbaro de sus tiranos? ¿Cuándo debió Roma a ningún filósofo de los pocos suyos servicio igual al que le produjo el magisterio del estoico cordobés? Perdió el miedo Nerón a la integridad de Séneca: pagóle la enseñanza con el suplicio; y decretando su muerte, decretó la entera subversión del pueblo y de la república. Murió Séneca víctima de las atrocidades de un parricida: murió después de haber dado al Imperio los cinco años más justos que gozó en la fatal sucesión de siete emperadores; ¡y pasará todavía en aquella misma región, que disfrutó más llenamente este beneficio, por un ánimo perverso, que con astuta hipocresía ocultó vicios detestables! ¿Qué más pudiera decirse, si debajo de su magisterio ejecutara Nerón las abominaciones con que oprimió y horrorizó al orbe, después de la muerte del infeliz maestro? Pero nació Séneca en España, y éste es su delito. Mantuvo en una edad de maldades toda la pureza y vigor de la Filosofía, que en mejor tiempo admiró Atenas en sus Sócrates y Zenones; y se tendrá por corruptor de la literatura. No copió de Grecia, cual Cicerón; sacó del fondo de su rectitud los puros documentos con que enseñó a los hombres los oficios de su naturaleza; y habrá quien se avergüence de celebrar sus obras. Enseñó la virtud en el estilo de su edad; y sin hacer caso de la virtud que enseñó, se hallarán críticos que se pararán a escudriñar los defectos de su elocuencia. Su sombra no obstante, compadeciendo los impertinentes atrevimientos de la crítica, vaga gozosa en los espacios de la eternidad por haber dado a la lengua del Lacio las obras más santas que conoció la verbosa filosofía del paganismo. Admire en hora buena Italia los redondos y sonoros períodos de sus escritores de la edad de Augusto: España está contenta con las virtudes que aprende en la *arena sin cal* de su estoico.

Ni es otra la estimación que hace de su Lucano. Oigo los gritos de los gramáticos: qué trastorno es este de la literatura, ¿poner al lado del divino Virgilio a un hinchado versificador, que confundiendo entre sí las artes, trata la Historia con el instrumento de la fábula? Pero ¿qué ley ha promulgado hasta ahora la Naturaleza para desterrar de la Poesía las narraciones de hechos verdaderos? El poeta es un pintor: y un pintor ¿no hace también profesión de retratista, de copiar las cosas como ellas existen, con tanta gloria a veces como los que trasladan al lienzo las arbitrarias combinaciones de su imaginación? En angostos límites encarcelaron el entendimiento los que, al formar las artes, establecieron sus reglas sobre los usos de su país u opiniones propias. Canta Virgilio hechos verdaderos de los romanos en el sexto y octavo de la Eneida: canta ficciones en los restantes libros. ¿Dejará de ser Poeta en aquéllos, o por ventura será preciso que las verdades se mezclen

con las fábulas, para que puedan celebrarse y engrandecerse con el divino acento de la Poesía? ¡Desgraciada verdad, que tan sin culpa tuya, te ves desterrada de la más encantadora de las artes! Mas, ¿qué diferencia hallan los fastidiosos y menudos gramáticos entre Lucrecio y Lucano, historiador aquel de la Naturaleza, y éste de la guerra civil, para que hayan de exagerar al uno como eminente poeta, y desposeer al otro de tal título? Canta sueños Lucrecio, es verdad: canta fábulas y ficciones, que tomó de una escuela tan delirante como impía: pero las canta como verdades infalibles que quiere persuadir a los hombres; y con todo es poeta, y admirable poeta. Canta Lucano la verdadera suerte de la guerra civil: expone los horrores de la discordia, los estragos de la división entre los ciudadanos: retrata con estilo valiente, y espíritu arrebatado los males que produjo la inicua ambición de la república más poderosa, para que con el lamentable ejemplo escarmiente la posteridad: y materia tan superior a los Átomos de Epicuro, y propósito tan aventajado a los elogios de la irreligión y del fatalismo, no bastarán para igualarle siquiera en el título con el ponderado Tito Lucrecio. No hace favor ciertamente a las artes quien por las prevenciones de la opinión, sin pasar de la superficie, juzga de las obras con tan imprudente diversidad. Sé el mérito de la fábula verosímil; la fácil instrucción que inspira el poeta inventando hechos que acomoda al intento de lo que desea persuadir. Pero sé también, que si con la exposición de acaecimientos ciertos puede conseguir el poeta el fin que se propone en alguna obra; neciamente también se privará a la Poesía de exornar con sus números la enseñanza, siempre amable, de la verdad.

No es mi designio trastornar las artes por defender las obras de los españoles. Venero el sagrado fuego del gran Marón, y aplaudo la destreza con que copiando a Homero hasta en sus defectos, aumentó la divinidad, por decirlo así, el inexacto numen de aquel gran padre de la Poesía. Mas si los hombres deben apreciar los ejemplos por la utilidad, tengo para mí que el que disuade una guerra civil a un pueblo inclinadísimo a ella, no es muy inferior al que majestuosamente ensalza por hazañas heroicas la usurpación y la perfidia. No sea, en buen hora, poeta épico el joven Lucano; pero sea el poeta de la verdad: sean sus libros la lección de los Reyes, el escarmiento de la ambición, el código de la política, y España se satisface con este mérito de su patricio. El destino de esta nación es el de enseñar en todo, y el de no jactarse de lo que enseña. ¿Por cuán grande hombre no pasaría hoy Lucano, si habiendo sido privado, con nueva e inaudita pena, de la facultad de escribir versos por la cruenta envidia de Nerón; habiendo despreciado al tirano con osadía propiamente española; habiendo en fin intentado salvar a Roma de tan nefario monstruo, perdiendo la vida por la felicidad del Imperio y de la Poesía; hubiera juntado a estas glorias la de no haber nacido del lado de acá de las columnas de Hércules? Se dijera entonces que su Farsalia es un portento, atendida la edad que contaba cuando la escribió: que su espíritu es inimitable en la viveza de las sentencias, su pincel en lo expresivo de las imágenes: dijérase que sin duda era genio muy superior al lento de Virgilio, el que en el siglo de la corrupción de la Poesía conservó la grandeza de ésta hasta disputar el trono al admirable copiante de Homero, y tuvo suficiente fecundidad para desempeñar originalmente su argumento sin valerse de lo que la decencia llama imitación, y es en la verdad evidente plagio: dijérase que acabando el pueblo romano de experimentar los horrorosos males que produce la discordia civil, ninguna obra le era más conveniente ni necesaria, que una viva descripción, en que animado el terror con la vehemencia enérgica de la Poesía, hiciese aborrecible a los ciudadanos la bárbara ceguedad de convertir las armas contra sí mismos... ¡Infeliz joven! No te bastó que Nerón te sacrificase por

excelente poeta: te esperaba todavía la persecución de los modernos Neronos de la literatura.

Más feliz ha sido con ellos la de Quintiliano; pero ¿cómo había de nacer en España el restaurador de la elocuencia en Roma; el maestro más excelente de ella; el hombre de mejor gusto, de juicio más recto entre los latinos? Acalora estas fábulas el miserable anhelo de atribuir a sola Italia el mérito de la invención que rara vez tuvo en la antigüedad; y no las desmienten los que con fallos dignos, no sé si de desprecio o de lástima, porque no ven salir de España enormes novelas de Física, afirman que no ha dado de sí jamás cosa que merezca el agradecimiento de Europa. En efecto; nada merecerá el mayor maestro de Roma en la dominación de la gente Flabia; el que excedió a Aristóteles, se aventajó a Cicerón, perturbó la gloria de Grecia en la enseñanza de la Oratoria; el que dictó a su posteridad, no sólo preceptos para hablar elocuentemente, sino prudentísimos documentos para la educación pueril, los cuales ¡ojalá fuesen más admirados y recibidos, que los extravagantes sueños del maníaco Rousseau, entre algunas gentes que dan título de filosofía a los delirios, y no ven un grande genio, en el que sencillamente enseña los medios de criar buenos ciudadanos! El español Fabio fue el mayor y el último apoyo del saber latino, sustentado por sus discípulos, no sin esplendor, en los felices imperios de los españoles Trajano y Adriano. Acabada la raza de su gimnasio, ¡qué tinieblas en Roma! ¡Qué barbarie en sus tribunales! ¡Qué ignorancia, qué descuido en la educación de su juventud! Confiéselo Italia, y no se avergüence de honrar a aquel mismo, a quien el mejor de los emperadores italianos honró con excesiva preferencia a todos los profesores de su edad. Al juicioso Fabio, y a dos emperadores españoles es deudor el Lacio de cuanto bueno supo en los tiempos que corrieron desde Vespasiano hasta Antonino el Filósofo; así como a la casa Annaea y al cordobés M. P. Ladrón de todo el buen gusto, que después de Cicerón conservó Roma en la Oratoria y Filosofía, desde el imperio de Claudio hasta el magisterio de Quintiliano. Sólo imperando un Trajano pudiera publicar Tácito sus Anales. No su libertad y malignidad política; su misma habilidad y saber le hubiera llevado al patíbulo en los sangrientos días de Calígula o Nerón; y sus Historias, honor hoy del reinado de aquel español augustísimo entre los Césares, hubiera sido mísero alimento del fuego con autoridad pública, como lo fueron las tal vez menos libres del deplorable T. Labiano. Algo influye en los progresos de la literatura la sabia libertad, que sin permitir los precipicios del entendimiento, le deja espaciarse arbitrariamente; y Roma jamás la tuvo mayor que cuando por rara felicidad de los tiempos, vistiendo la púrpura imperial el ciudadano de Itálica, se pudo decir libremente lo que se sentía, y a nadie se le obligó a arrepentirse de sus expresiones. Algo influye también la excelencia de los genios sobresalientes, que excitando la emulación de sus contemporáneos, incitan y despiertan el amor al estudio: y si Roma no conserva algún resto de gratitud al infatigable Porcio Ladrón, el mayor y mejor Declamador de su siglo, puede por lo menos hacer memoria de aquellos profesores suyos, que por ser quebrado de color el célebre cordobés, bebían el agua de cominos para copiarle en el semblante, ya que no lo conseguían en la elocuencia.

Fue, sin duda, gloria muy singular de España haber producido debajo del imperio de los Césares los hombres que con mayor crédito y utilidad profesaron la literatura: entre los cuales no son de olvidar, ni el elegante Mela, que describió a los romanos el orbe que habían devastado y aún no conocían: ni el ameno Junio Moderato Columela, eminente

ilustrador de la más precisa de las artes: ni el anciano M. Séneca, hombre de prodigiosa memoria, y el mejor crítico de los declamadores de su tiempo: ni el digno competidor de Eurípides en las Tragedias de Edipo y Fedra; y añádase si se quiere el festivo y popular Marcial, cuyos libros fueron las delicias y entretenimiento de la ociosidad urbana, no sin fruto en lo agudo de sus reprensiones. Fue ésta, vuelvo a decirlo, singular gloria; especialmente si se considera el miserable estado a que la tiranía, el lujo, y la natural declinación de las cosas humanas a su ruina, habían hecho decaer el saber latino. Pero he aquí que no contenta España con este insigne mérito, pretende el singularísimo de haber dado a Roma el mejor de sus legisladores. En Séneca le habla dado ya el intérprete de las leyes de la Naturaleza; el maestro de las obligaciones humanas, sin cuya aplicación y conocimiento la legislación civil es más bien yugo que freno de la humanidad. En el universal Adriano le suministró después el segundo Numa, tanto más recomendable que éste, cuanto lo indeciso, inconstante, y vario del Derecho de Roma en un tiempo en que dominaba al orbe, inducía mayor necesidad de afirmar en leyes fijas el centro de tan vasto imperio.

Si algún pueblo ha habido en el mundo que con legislación menos segura haya llegado a mayor grandeza, el romano es el único entre todos indubitablemente. Cansado de la soberanía por los atentados del soberbio Tarquino, la destruye en éste, y elige Cónsules que le dirijan. Teme nueva dominación, y combate sesenta años con el magistrado mismo que con aclamación gozosa acaba de autorizar, celoso del despotismo de los patricios. Habíanse extinguido las leyes Regias, y el conflicto de las potestades consular y plebeya impide el establecimiento de otras que las sustituyesen. Las secesiones del pueblo, y la necesidad, hacen nombrar Legados que informándose de los institutos de Grecia, trasladasen los de Solón, Dracón, Seleuco y Carondas a la discordia Roma. Forma el desterrado Hermodoro Efesio las doce tablas; autorízanlas los Decenviros; aniquíbase la ambición de estos; aprueban los cónsules su legislación; propónese al pueblo aquel Derecho, que según la frase de Cicerón, era preferible a todas las Bibliotecas de los filósofos; y su brevedad, y su oscuridad, y su rigidez dan entrada a la interpretación, que haciendo olvidar toda la filosofía de las doce tablas, se levanta con el imperio de las sentencias, y toma las veces de la autoridad legislativa. Advierte a este tiempo el pueblo la prepotencia de los patricios tanto en la interpretación, como en la rogación de las leyes; retírase al Janículo; defiende sus derechos con la sedición, y arranca de los padres la ley Hortensia, que da valor entero a los plebiscitos, y a la plebe un triunfo efímero en la administración pública. El logro de un cónsul plebeyo le cuesta poco después la concesión de un Pretor patricio, con que arma de nuevo a los padres para debilitar su misma autoridad popular. Desordenadísima confusión resultó de esta multiplicidad varia de potestades, que aumentadas en la mudanza de la república con las consultas del Senado, con las constituciones de los príncipes, con las respuestas de los jurisconsultos, y en estos mismos con las diversas sentencias de sabinianos y proculeyanos, dio de sí un Derecho vago, incierto, pasajero, repugnante y contradictorio entre sí, que en el estado libre causó continuos y furiosos debates entre la plebe y patricios, y en la constitución monárquica contribuyó a su estabilidad, apoderándose diestramente los Príncipes de las potestades Consular y Tribunicia, polos que sustentaban la permanencia de la república. Pero tal encuentro de jurisdicciones, maraña ciega de potestades, incertidumbre y ninguna seguridad de los estatutos que habían de influir en la felicidad pública en vez de turbarla, eran opuestas a la misma majestad imperial, que había de disolver con vagas y

repentinas leyes, tanto las causas públicas, como las privadas. No se le escondió a Augusto este defecto, que tocaba en los fundamentos de la Monarquía que iba a perpetuar; echó de ver que la amplia autoridad en el arbitrio de los pretores de suplir, corregir o enmendar el Derecho, y la inconstancia de sus edictos inútilmente refrenada por la ley Cornelia, aumentaba tinieblas a la Jurisprudencia, y a las expeditas resoluciones del foro embarazos insuperables. Quiso enmendar el vicio, y no pudo. Sucedióle una serie de monstruos, que lejos de corregir el Derecho, no pensaron sino en ostentar con las obras que no conocían ninguno. El político Vespasiano, el dulce, el blando, el amable, el inculpable Trajano, hicieron harto en restituir el estado público de las cosas al orden que había desconcertado tan larga sucesión de abominables déspotas.

Estaba reservado al español Adriano fijar de una vez la perturbada Jurisprudencia imperial, y trasladar tan señalado ejemplo a los jurisconsultos Gregorio y Hermógenes, a los emperadores Teodosio y Justiniano, y cuantos después de él se dedicaron a poner en orden la enmarañada selva del Derecho. Y realmente, si la prudencia legislativa es compañera indisoluble de la sabiduría, y sólo el que une la ilustración del entendimiento a la pureza del corazón, acierta a producir la felicidad en un Estado con el sacrosanto instrumento de las leyes, en ninguno de sus emperadores vio Italia calidades más a propósito para este fin, que las que logró, y quizá no agradeció, en el docto César que le suministró España. Peritísimo en los intereses públicos, gran general, gran político, insigne protector de las artes y ciencias útiles, instruido en todas, hasta saber apreciar en ellas lo conveniente, y burlarse de lo vano y frívolo; reformador del arte militar: observador continuo de las provincias, en las que con propio y experimental conocimiento, corregía, ordenaba, alteraba lo necesario: si un tal Príncipe no desempeñaba la principal obligación de legislador, y dejaba en su laberinto la confusión y perplejidad de las leyes, poca esperanza le quedaba a Roma en los que le fue señalando por sucesores. Adriano, en efecto, declarado émulo e imitador de Numa, formando los Edictos Perpetuo y Provincial, y estableciendo en ellos la permanente norma de la judicatura, corta como de un golpe, y por la raíz, las corrupciones de los pretores, la alteración inevitable de los estatutos, la versátil interpretación, la autoridad arbitraria, vendida a veces a la ambición, a veces al rapaz y sórdido interés. No hubo emperador, no hubo jurisconsulto, que percibiendo la utilidad de la oportuna colección, no la recomendase, no trabajase en ilustrarla y perfeccionarla, acaso más de lo que convenía, Justiniano en su Compilación siguió el orden del Edicto, que adoptó por modelo. Antes se hablan ya dispuesto a su imitación colecciones célebres, que aunque hijas del privado estudio de algunos doctos, validó la necesidad. La senda de la opinión y concepto para los jurisconsultos eran las declaraciones y comentarios al Edicto perpetuo. Fijó Adriano de una vez la suerte de la Jurisprudencia, de aquella Jurisprudencia que aún hoy se tiene por derecho común en las naciones que se dan a sí mismas el título de más sabias; y habrá en ellas quien porque el prudentísimo Príncipe despreciase con merecida burla a algún insípido versificador, o reprimiese la hinchada elación que suele dominar demasadamente, no sin cansada ridiculez, en los literatos, solicite infamar su augusta memoria, observando la medalla de sus hechos por el reverso de la fragilidad humana. Tuvo algunas debilidades Adriano: ¿qué hombre ha existido sin ellas? Pero dio a Roma Derecho estable; pero puso orden en la ventilación de los intereses civiles; pero fue el más sabio entre los emperadores; pero mejoró la legislación, el foro y la Jurisprudencia, sin cuyo concierto los estados y súbditos no agradecen la soberanía. Su saber, su Edicto,

sus constituciones prudentes, justas, infinitas en número, resultaron en beneficio de todo el orbe, pues en todo el orbe mandaba Adriano; ¿y se publicará todavía en Italia, en la misma Italia que hizo feliz con sus providencias y su doctrina, que el gobierno de un tal príncipe perjudicó más que aprovechó a sus ciencias? ¿Por ventura no es ciencia la legislación, y la sola digna de un buen príncipe? ¿Hubiera Adriano soñado algún mundo de torbellinos, de átomos o de atracciones; hubiera inventado alguna máquina, que sirviese en gran manera a la ostentación, y nada al uso: si juntara a esta profunda sabiduría la suerte de haber nacido a la margen del Sena o del Tíber? ¡Oh qué admirable filósofo entonces, qué príncipe tan justo, qué unión tan excelente de la púrpura con la doctrina!

Lo preveo ya: si no se le agradece a España el nacimiento y educación de un Soberano tan benemérito de los hombres, peligro corre el grande Hosio; peligro también el Horacio cristiano, el lleno y numeroso Prudencio. Para los que se apellidan filósofos en nuestros días, lejos de ser mérito haber dirigido el primer Concilio general de la Iglesia de Jesucristo, será un efecto de fanatismo: y haber escrito excelentes versos en elogio de los mártires y en defensa de la religión, será igualmente lamentable fruto de una preocupada y supersticiosa credulidad. Pero moderen un poco los filósofos (yo se lo ruego) la precipitación con que todo lo notan, todo lo condenan; y reflexionen conmigo, si dado el convencimiento de los hombres en favor de una religión que manifiesta en sí los más distintos caracteres de divina y de verdadera, es menos mérito trabajar en su seguridad que en su ruina: y digo esto porque según la recta y consecuente lógica de nuestros tiempos, habrá gentes que consagrarán el nombre de Voltaire, pertinacísimo escarnecedor del cristianismo, en bien ridículas apoteosis; y despreciarán a Hosio, el catequista de Constantino, el oráculo de la fe de Nicea, y el mayor prelado de su siglo en letras, en gravedad, en integridad, y en elocuencia.

¡Oh divina, oh amable religión, asilo cierto de la mortal angustia, suave freno de la maldad, consuelo, esperanza de la virtud, infalible instrumento de la felicidad del hombre, apoyo, columna de la justicia, adorable tributo con que la criatura racional paga a Dios en costumbres puras, en demostraciones inocentes, el inestimable don de su creación y existencia! Cuando participándote a los mortales desde el mismo trono de la Divinidad, y ofreciéndoles los medios de hacer al hombre amigo del hombre, te ves pospuesta en la consideración de los que se llaman filósofos a ocupaciones abatidas, torpes, despreciables, o cuando menos superfluas y de ningún momento: compadécelos: los sentimientos de todo el orbe no residen en ánimos de ceguedad tan desesperada. El engañado idólatra, el fanático musulmán, míseramente ofuscados en el objeto de la adoración, doblan la rodilla y perfuman las aras, invocando el numen que no conocen. La inclinación al culto le es tan natural al hombre como el pensar; sin él sería un bruto de alguna mayor sagacidad que los fieros habitantes de las selvas. El pío, el inmortal Hosio, fue el instrumento que empleó la mano de Dios para perpetuar la regla de su unidad y el eterno fundamento de tu duración, dejando a los hombres el símbolo de los derechos del cielo, para que restituyan la paz a la tierra siempre que quieran resolverse a obedecer los documentos del hijo de María. Sí, injuriada España: no te detengan los dicterios de una turba que maldice de lo que la acusa: haz honrada ostentación de tu prelado de Córdoba: oponle a los mayores varones de cualquiera otra gente: repite, ensalza su crédito, su opinión, su saber, sus fatigas en beneficio de la religión. También

esta es filosofía, y harto más sublime, harto más santa, harto más necesaria, que los repugnantes sistemas de los sofistas: y pues Hosio se desveló tanto en sus adelantamientos, no es menos acreedor que cualquiera artífice de mundos a la estimación y reconocimiento de su patria.

Ella le educó. Ella educó a Prudencio, el mejor poeta de aquel siglo; y no sin razón. Acaso era entonces España entre las provincias latinas la que más se señalaba en las letras. Dio un doctísimo y santísimo pontífice a la silla de Roma: un insigne orador a las escuelas de elocuencia: un poeta no despreciable a la Geografía: un historiador a todos los imperios; al romano un príncipe clemetísimo y suficientemente literato. Ni decayó mucho con la irresistible irrupción de los septentrionales. La multitud de sus Concilios, y la legislación del Fuero juzgo, dictada por los sabios prelados que componían aquellas santas asambleas, y que Carlomagno juzgó digna de que se copiase en gran parte en sus Capitulares, indican bien que si la ferocidad de una inundación de naciones bárbaras subyugó a la siempre apetecida España, supo ésta inspirar en sus tiranos sentimientos de verdaderos príncipes, y convertir en monarcas a los usurpadores... Caras sombras de los varones eminentes en virtud y sabiduría, que en aquellos tiempos de furor, de estragos, de inquietud horrenda y universal conservasteis por largo tiempo en España los vestigios de su antiguo esplendor; si no ilustro mi narración con los inmortales partos de vuestras vigiliias y provechosa laboriosidad, no es porque no os crea preferibles a cuantos produjo entonces la oprimida tierra. Vuestra memoria durará cuanto el amor a la piedad, a la prudencia y a la virtud. El objeto de mi instituto me renueva la dulce imagen de vuestros ánimos tan doctos como irreprehensibles, y me ofrece ejemplos ilustres para mi imitación y enseñanza; pero estrechado en los límites de acordar sólo los aumentos más notables que han debido las ciencias a nuestra patria, habré de contentarme con este pasajero testimonio de mi veneración a vuestros altos méritos.

En ellos consistía la universal cultura, según el estilo de aquella edad, que hallaron los árabes en España cuando la entraron. Su dominación trasladó a ésta las ciencias de Oriente, como ya dije; y lo que fue una fatalidad para el estado público de la nación, fue un triunfo para sus progresos literarios sobre toda Europa. Los árabes de España la enseñaron a establecer Colegios, a edificar observatorios astronómicos, laboratorios químicos, repuestos públicos de medicamentos reducida a arte la Botánica. ¿Qué aumentos no les debió la Medicina, en tanto grado que el mismo Hipócrates no se avergonzaría de aprender de ellos en muchas cosas? Suya es la invención de las destilaciones químicas, desconocidas de toda la antigüedad: suyas las operaciones del fuego, que destruyendo los mixtos, descubriendo sus elementos, y mezclándolos entre sí, engendran efectos maravillosos, y manifiestan virtudes intrínsecas de los cuerpos, de grande uso en muchas artes. Suyo el descubrimiento y sustitución de los purgantes benignos a los pocos y peligrosos que empleaba la antigüedad; el maná, sen, casia, ruibarbo, mirabolanos. Suyo el uso del azúcar para formar jarabes, y conservar largo tiempo otras medicinas. ¿Y qué diré yo del famosísimo específico del agua fría, que en este nuestro siglo ha dado tanto que escribir y hablar a los profesores de Italia, y materia para unas conclusiones al célebre Geofroi, sin acordarse aquellos, y no se si éste de que en el siglo X pasó este medicamento a España con las obras del juicioso Rasis, prevaleció en Medicina árabe, y excitó en el XVI el celo de nuestro Monardes, que escribió un libro para restaurarle y demostrar la necesidad de su uso? La Historia natural, singularmente

aplicada a la Medicina, le es también deudora de notables adelantamientos: el anacardio, sándalo, nuez moscada, el almizcle, ámbar, alcanfor... Los tres Reinos de la Naturaleza abrieron mucha parte de sus tesoros a la constante observación de unos hombres que igualaron en ella, si no excedieron a los griegos, y fueran hoy sus competidores, si a la aplicación y ansia de saber supieran juntar el gusto y la elegancia. Ni pararon aquí sus progresos. Menuda cosa parecerá; pero en un tiempo en que se exigen tanto escrupulosamente las deudas literarias, se quejaría de mí la memoria del celebradísimo entre los suyos Abdrabboh, poeta lírico de Córdoba, si pasara en silencio que fue su lira la que hizo sonar en Oriente el sublime acento de las odas, y aumentó la poesía árabe con este magnífico aditamento.

Ni se descuidaba entretanto la subyugada parte de la nación. Tres Raimundos, casi a un mismo tiempo, aceleraban los progresos de la sana literatura, y agregándola nuevas provincias insensiblemente iban preparando la feliz revolución que completó después el inmortal Vives. Raimundo de Peñafort, elegido por un pontífice para dar la última perfección al Código de la legislación eclesiástica en que ya habían trabajado otros sabios españoles, desempeña dignamente su encargo, da leyes a Roma cristiana, y por no hacer inútil su ocio convierte sus conatos a animar el estudio de las lenguas de Oriente. Auxíliale, incitando a todos los Papas, a todos los príncipes que conoció, su paisano el nunca fatigado Lulio. Abren las primeras escuelas, aquél en Barcelona, éste en Mallorca: rómpese el velo que oscurecía y ocultaba los retiramientos de la antigüedad; percibe Clemente V la luz que desde España iluminaba a la religión, a la historia, y a la noticia de los antiguos conocimientos: inclínale oportunamente las instancias del filósofo mallorquín, y decreta por fin en el Concilio de Viena la célebre constitución en que ordena a Roma, París, Oxford, Bolonia, y Salamanca mantener Cátedras públicas de lenguas orientales con dos maestros en cada una. Raimundo Sebunde por otra parte se abismaba en la profunda filosofía del hombre, y con atenta meditación se internaba en el orden de su naturaleza. Su reflexión sobre el fin de las potencias intelectuales le guía al descubrimiento del Ente supremo, y deduciendo las relaciones que debe haber entre la criatura racional y su Criador, expone los principios de la religión natural, y enseña al hombre sus obligaciones. Advierte empero en su examen las tinieblas que ofuscan el entendimiento: demuestra sus extravíos en mantener el orden del ser humano; y con exactísima profundidad, no muy familiar fuera de España a los escritores de su siglo, convence la necesidad de la revelación, no confirmándola con ella misma, sino valiéndose de lo que necesita el hombre para dar cumplimiento a las leyes que estampó en su frente la mano pródiga de su Hacedor.

Los esfuerzos de estos varones (que nombro con singularidad porque contribuyeron a la ilustración de toda Europa); la intención del sabio Alfonso a propagar en sus dominios las artes útiles; las multiplicadas bibliotecas y escuelas de los árabes; la multitud de doctores extranjeros que acudian a España a llevar de ella a sus patrias las ciencias Matemáticas y Naturales de que carecían, dan un evidente testimonio de que cuando los griegos, que arrojó a Italia la toma de Constantinopla por los mahometanos, esparcieron con la lengua griega los estudios de Humanidad y el sabor de la filosofía de su país, no era el del Ebro el que más necesidad tenía de sus lecciones. Le aprovecharon, ¿por qué se ha de negar? y no fue pequeña gloria para España señalar la ilustración que recibía con nuevos beneficios a la literatura. En efecto, no bien se restituye a España el doctísimo Antonio de

Nebrija cargado con los despojos de las letras griegas y latinas, cuando abriendo la guerra contra los acursianos manifiesta la barbarie de sus comentarios, y se declara primer restaurador del Derecho que fundó el español Adriano, coprovincial suyo. Alciato puede tener la gloria de haber escrito mayores volúmenes; pero el breve Diccionario jurídico de Nebrija, en corto papel fue la brújula que dirigió el rumbo allanado después por el grande Arzobispo de Tarragona. ¿Y qué diré yo aquí del gran Ministro de Fernando el Católico y la prudente Isabel; de aquel eterno honor de la púrpura cardenalicia; del que con raro ejemplo de integridad supo hermanar la política con la religión, la justicia con el poder, las riquezas con la sabiduría; a quien ni la autoridad, ni la adulación, ni el crédito, ni la peligrosa sagacidad del talento áulico desviaron jamás del austero ejercicio de la virtud, con la cual, como otros falsos políticos con el vicio y engaño, sembró en su nación las semillas de aquella grandeza que debajo del victorioso Carlos encogió y dejó atónita a toda Europa? Su escuela de Alcalá no fue hija en todo de la universal reforma que se atribuye a los griegos expatriados. Con larga sucesión se derivaron a ella, sin salir de los límites de la península, el conocimiento de los idiomas de Oriente, que no vino de Constantinopla; los estudios sagrados y jurídicos que florecían ya en España con suficiente cultura; las ciencias Matemáticas en París, y las Naturales que en toda su extensión fueron provincia más propia del árabe que del griego. No negaré que la Políglota Complutense recibió alguna luz de la que resurtió en España por la fuga de los Crisoloras, Lascaris, Gazas, Trapezuncios; el griego Demetrio asistió a la erección de este durable monumento que consagró a la religión el prudentísimo prelado: pero ninguna nación de Europa presentará a aquella sazón mayor número de varones, doctísimos en los que no enseñaron los griegos y se sabía en España, que fuesen capaces de desempeñar la ardua empresa que acabaron dichosamente Alfonso de Zamora, el Pinciano, Nebrija, los dos Vergaras, Zúñiga, Coronel y Alfonso de Alcalá. El legítimo uso de la erudición oriental nació en esta época para Europa, cuando ya en España era, no sólo común, pero empleada debidamente en asuntos dignos, como lo acreditó el franciscano Raimundo Martini, aprovechadísimo alumno de la escuela de Barcelona. (Son vanas las pretensiones de algunos países sobre el principal influjo en la restauración universal de la literatura, que se observó generalmente al tiempo del Imperio de Carlos V.) Los estudios sagrados jamás decayeron en España, como es fácil probar por una continuada serie de prelados y teólogos españoles consumadísimos que disfrutó Roma sin interrupción. La enseñanza de las lenguas orientales fue también fruto de los conatos de dos doctos españoles. El uno de ellos, Raimundo Lulio, comenzó el primero a apartarse del común modo de filosofar, y el otro perfeccionó por suprema autoridad la legislación de la Iglesia. Nebrija hecho jurisconsulto en España, unió al Derecho las Humanidades que tomó de los griegos de Italia, y dio principio a extinguir la barbarie con que los jurisconsultos italianos habían afeado y hecho ridículo el Derecho de Roma. La Medicina, lejos de decaer, logró manifiestos aumentos entre las manos de los árabes en España; y tiene mi patria la gloria de no haber dado de sí los hediondos comentadores que sobrecargaron la Medicina árabe con explicaciones vanísimas; y antes bien tiene la de contar entre las mayores de su saber, haber dada a la Tiara un médico, no bárbaro en siglo bárbaro, el desgraciado Juan XXI. En suma Italia, España, Francia, Alemania, aprendieron la erudición grecánica, no unas de otras, sino de los griegos que la persecución mahometana arrojó al centro del cristianismo. Este es el sistema de la verdad, no de la presunción, que tuerce en muchas historias la recta línea de los sucesos, acomodándolos a una vanidad poco provechosa.

Historiador digno de este título es sólo el que escribe sin los intereses del odio, del amor, del partido: los demás pueden llamarse esclavos de sus preocupaciones, y plumas más propias para el escarmiento que para la enseñanza.

¿Cuánta no comunicó a Europa, al universo, el penetrante, el descubridor, el sagacísimo Juan Luis Vives? ¡Oh fatal suerte de los talentos; tinieblas vergonzosas con que el descuido y la ingratitud oscurecen la memoria de los que más sirven al género humano! ¿Por qué mi España, mi sabia España, no ostenta en la Capital de su Monarquía estatuas, obeliscos eternos que recuerden sin intermisión el nombre de este ilustre reformador de la sabiduría? No fue el nombradísimo Bacón más digno del magisterio universal, que le ha adjudicado el olvido del grande hombre que le llevó por la mano, y le indicó el camino. Hay grande diferencia del uno al otro, ora se atiende a la extensión de los conocimientos, ora a la perspicacia en descubrir y proponer. No se ofendan los Manes del inmortal Bacón: si él hizo admirables pruebas de su profundidad en los medios de desentrañar la naturaleza física, Vives perfeccionó al hombre: demostró los errores del saber en su mismo origen: redujo la razón a sus límites: manifestó a los sabios lo que ño eran, y lo que debían ser. Los griegos que llevaron a Italia la literatura de Constantinopla, nada hicieron en las mejoras del saber: renovaron los rancios sistemas de Grecia, y sustituyeron disputas vanas, tratadas con mejor gusto, a las bárbaras de la Escuela. Vives penetró en lo íntimo de la razón, y siguiendo su norte, fue el primero que filosofó sin sistema, y tentó reducir las ciencias a mejor uso. Los siete libros *De la Corrupción de las Artes*, única y segura carta de marear, en que deben aprender los profesores de la sabiduría a evitar los escollos del error, del engaño, de la opinión, del sistema: los tres *Del Alma y de la Vida*, en que ofuscó todo el esplendor de la ambiciosa filosofía de Grecia, enseñando al hombre con propia observación lo que es, y a lo que debe aspirar: los tres *Del Arte de decir*, en que ampliando las angostas márgenes en que los estilos de la antigüedad hablan estrechado el uso de la elocuencia, la dilató a cuantos razonamientos puede emplear el ejercicio de la racionalidad: los cinco *De la verdad de la Fe Cristiana*: obra que debe leerse con veneración, y admirarse con encogimiento, donde triunfa perfeccionada la filosofía del hombre, llevándole irresistiblemente a la verdad del culto: sus Tratados de educación: sus sátiras contra la barbarie, apoyada entonces en la Dialéctica: su universal saber en suma, consagrado, si no a la escrutación de la Naturaleza, que eternamente se resistirá a las tentativas del entendimiento; por lo menos a las mejoras de éste, y a la utilidad con que le convida la inmensa variedad de objetos que le oprimen por el abuso; son en verdad méritos, que no sin fundamento obligan a reputarle en su patria por el talento mayor que han visto las edades. Cuando sean más leídas sus obras: cuando más cultivadas las innumerables semillas que esparció en el universal círculo de las ciencias: cuando más observadas las nuevas verdades que en grande número aparecen en su, discursos: los innumerables desengaños con que reprimió los vagos vuelos e intrépida lozanía de la mente, y la facilidad de adoptar por verdad lo que no lo es; entonces confesará Europa que no el amor de la patria, sino el de la razón, me hace ver en Vives una gloriosa superioridad sobre todos los sabios de todos los siglos.

El fue el astro brillante que alumbró y vivificó cuanto para beneficio del hombre han restituido después a mejores términos la meditación y el trabajo. España se anticipó a recoger frutos que eran tan suyos. Convirtió hacia sí la enseñanza del más docto de sus hijos, y aprovechó rápidamente en los documentos que adoptaba ya toda Europa. No

hubo progreso suyo, siguiendo los pasos de tan gran varón, que no diese en su patria un nuevo aumento a la sabiduría. Aprende de Vives el Brocense a emplear en todo la filosofía: aplícala a la investigación con que se comunican los sabios,; y manifestando al Lacio lo que no investigó en el mismo siglo de Augusto, se apodera de las escuelas latinas, y adquiere en su Minerva el nombre que hasta entonces no había merecido ningún gramático. Hieren a Melchor Cano las amargas quejas de su patricio sobre el lloroso estado de la Teología: dase por entendido: medita, reflexiona sobre la Tópica que debiera establecerse peculiarmente en cada ciencia, antes que Bacón contase esta Tópica entre las que faltan; reduce a sus fuentes los argumentos teológicos; los pesa, los confirma; y copiando en parte a Vives, y usando en parte de su penetración, forma la ciencia Teológico-Escolástica, ordenándola en sistema científico, y dando su complemento a la primera ciencia del racional. La Medicina, entre todas, se aventajó en progresos que debe agradecer perpetuamente la humanidad, promovidos por el estudio de la experiencia en ningún otro país con mejor éxito que en España. Heredia observa la mortífera Angina: descríbela exactísimamente: despierta Europa a las advertencias del médico español sobre una dolencia, que por confiado descuido había hecho perecer a cuantos la sufrieron hasta las observaciones del Archiatro de Felipe IV; y mejor Esculapio que el fabuloso, salva la vida a innumerables hombres. Mercado ejecuta igual milagro del arte en las perniciosas calenturas intermitentes, solapada enfermedad que infaliblemente llevaba al sepulcro a cuantos acometía. En tanto un monje español participa al orbe el extraño y portentoso arte de dar habla a los mudos, para que después de un siglo se lo apropiase desembarazadamente un extranjero. La exacta experiencia, las puntuales historias de las enfermedades, el conveniente auxilio a los progresos de la humanidad doliente, el examen de las virtudes que en los seres colocó el Criador para el recobro de la salud, eran la medicina de nuestros profesores. Ábrense las riquezas del Nuevo mundo, y observándole Monardes con distinta vista que los negociantes de Europa, examina atento sus plintas, piedras, bálsamos, frutos, y escribe la primera Historia medicinal de Indias, tesoro más exquisito que el del inagotable Potosí.

¿A qué ciencia, a qué arte no llegó la ilustración filosófica del fecundo Vives? En los Teólogos y Juristas que este formó halló Grocio los materiales con que ordenó el Código de las naciones, y la Jurisprudencia de los Monarcas.

Habíanos venido de Francia el inepto gusto a los libros de caballería, que tenían como en embeleso a la ociosa curiosidad del vulgo ínfimo y supremo. Clama Vives contra el abuso; escúchale Cervantes: intenta la destrucción del tal peste: publica el Quijote, y ahuyenta como a las tinieblas la luz al despuntar el sol, aquella insípida e insensata caterva de caballeros, despedazadores de gigantes y conquistadores de reinos nunca oídos.

¿Y no osaré yo afirmar que el verdadero espíritu filosófico, más racional y menos insolente que el ponderado de nuestros días, comunicado a todas las profesiones y artes en aquel meditador siglo, perfeccionó también las que sirven a la ostentación del poder humano; que copian los vivos seres de la Naturaleza; que levantan soberbios testimonios de la inventora necesidad del hombre? ¿Pudo ser Herrera el arquitecto del Escorial sin filosofía? Sinella Rivera, Murillo, Velázquez con breve pincel, los émulos del poder divino?...

Mi mente embebecida con la contemplación de su grandeza misma, manifestada en las obras de tan insignes genios, mueve perezosamente la pluma, que detenida con el letargo de la consideración, admira más que produce y refiere. No olvida, pasa en silencio de propósito otros muchos y señaladísimos beneficios, que en las ciencias, artes y profesiones de pura conveniencia ha producido el ingenio español. Mi intento fue demostrar que en los asuntos útiles no hay nación que pueda disputarnos los adelantamientos. Si en otros que vende como necesarios el modo con que se trata hoy el saber, nota menos progresos el celo o la malignidad; la esperanza y la razón de los estudios está en el César: quiero decir, el benéfico Carlos III, el ilustre Conde que le ayuda a llevar el grave peso de la Administración, han aumentado ya mucho de lo que se echaba menos: aumentarán lo que falta hasta el extremo que espera la nación de sus vastos designios.